This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

GIFT OF
J. C. Cebrian

790
B456
v

JACINTO BENAVENTE

VILANOS

CONTIENE:

La toma de la Bastilla.—El cantor de la miseria.
Ley de Justicia.—El Paraíso prometido.
El Caballero de la Muerte.
Los «Clowns».—La mula y el buey.—Los Reyes Magos.
Triunfo del amor.—Cuento de Carnaval.
Elección de traje.—El elefante blanco.—El poema del circo.
Leyes suntuarias.—La venganza del compadre.
Hija del alma.—Los réditos.
El pecado venial.

Universitat de Barcelona

BARCELONA
LIBRERÍA DE TOLEDANO, LÓPEZ Y C.ª
ELISABETS, 4
1905

UNIV. OF
CALIFORNIA

VILANOS

JACINTO BENAVENTE

VILANOS

MADRID
IMPRENTA DE FORTANET
CALLE DE LA LIBERTAD, 29.

1905

J. C. [illegible]

PRESERVATION
COPY ADDED
JUL 3 1991

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

UNIV. OF
CALIFORNIA

LA TOMA DE LA BASTILLA

277873

LA TOMA DE LA BASTILLA

(Episodio del año 1879.)

Un ejército de operarios invadía todas las mañanas el antiguo palacio, morada durante siglos de los condes de Brabançon, familia esclarecida por famosas proezas en la historia de Francia.

El Conde último, heredero reciente del título, desvivíase por sostener y aun aumentar el esplendor de la casa, y acudió en primer término al reparo más fácil, el de la casa misma. Albañiles, pintores, tallistas, revocaban por dentro y por fuera fachadas, salones, desvanes, y hasta los cimientos, resenti-

dos al cabo de tantos años, como diría un cronista adulador, bajo el peso de tanta grandeza.

La hija única del Conde, aristocrática damisela de quince años, con natural travesura de niña y forzosa seriedad, impuesta por rigurosa educación, burlando la vigilancia de ayas y preceptores, divertíase en curiosear el trabajo de los obreros, en hacerles mil preguntas, en oir sus conversaciones, para ella de asuntos nuevos, con frases nunca oídas. Pasaba horas enteras asomada á los balcones, divertida en observar á los que trabajaban en los andamios.

A cada paso temía que alguno se cayera, y la tranquilidad de aquellos hombres en peligro constante la admiraba tanto como la lectura de portentosas hazañas guerreras de sus antepasados. Mujer y todo, quizás se atreviera á guerrear como otra Juana de Arco; pero de pasar por un andamio que no la hablaran. Justamente, al pie del balcón

preferido para sus observaciones, á horcajadas sobre un andamio, picaba la piedra ennegrecida de una enorme cariátide, un muchacho aturdido, despreocupado, que tan pronto inclinaba más de medio cuerpo hacia la calle para bromear con algún compañero, tan pronto se colgaba de una sola mano á la cornisa del balcón ó á las cuerdas del andamiaje, teniendo en continuo sobresalto á la Srta. de Brabançon, que alguna vez no podía menos de gritarle: «¡Cuidado!», atención que él agradecía con una risotada alegre, trinadora, como piada de pajarillo al amanecer en un día de sol.

Era muy lindo el mozuelo; su fisonomía picaresca parecía luminosa; pero iluminada de dentro á fuera por la luz áurea, rosada, de una aurora primaveral del alma.

La damisela y el obrerillo charlaban y reían á sus anchas.

La cariátide blanqueaba muy poco á poco. Las ayas y preceptores de la Señorita no con-

siguieron adelantar en las lecciones por aquellos días. La Señorita no hallaba hora á propósito para estudiar.

* * *

En la mañana del 14 de Julio faltaron muchos trabajadores á la obra del palacio. Por las calles andaba ociosa la gente del pueblo, como en día de fiesta.

En todo París notábase algo extraordinario.

Desde el balcón comentaba la heredera de los Brabançon, en animado diálogo con el obrerillo, puntual aquel día al trabajo, lo que aquello podía significar...

El mozo discurría sabrosamente de todo lo humano y lo divino... El rey... los señores... los impuestos... Un tropel de ideas nuevas trastornaba el reposo intelectual de la noble Señorita... ¡Cuántas cosas en que ella no había pensado nunca, de las que nadie le había dicho una palabra!

Por la calle corría la gente. Los tenderos cerraban las puertas de golpe y los escaparates... ¿Qué sucede? De pronto sonó una espantosa descarga de fusilería... La Srta. de Brabançon, aterrada, cogió convulsa, instintivamente, la mano del obrero... Su curiosidad se sobreponía al miedo y seguía apoyada en el balcón, mirando á un lado y otro de la calle.

—¡Buena se prepara!—exclamó el mozuelo, brincando de alegría, ufano por la novedad de los sucesos.

Más cerca sonó otra descarga contestada por una espantosa detonación que hizo retemblar el vetusto palacio.

La Señorita dejó caer el cuerpo desmayado sobre la baranda del balcón, y el obrerillo, desde el andamio sosteniéndola con todas sus fuerzas..., ansioso, triunfante... la besó apasionado...

El tiroteo continuaba...

El pueblo había tomado por asalto la Bastilla.

EL CANTOR DE LA MISERIA

EL CANTOR DE LA MISERIA

En la traza, uno de tantos juglares callejeros, truhanes, desvergonzados, era el poeta avasallador de la multitud; de la multitud miserable, sufridora de todos los dolores, sin sentido del propio sufrimiento.

Desde el amanecer, errante por la ciudad, atravesaba las calles principales, donde la nobleza, el poderío, el tráfico, mostrábanse insolentes, sin pararse á cantar una vez sola; pero al pasar lento, contemplador melancólico del expansivo bullicio, recogía en el alma indignación y tristeza.

En las calles apartadas del centro, de tenebrosas viviendas amontonadas, respirade-

ros pestilentes de sus moradores miserables, cantaba el juglar rodeado de pobre gente, ignorante, haraposa, hambrienta; cantaba con ira santa de poeta unas veces, otras abatido, desconsolado; Cristo humano sin divinidad de Redentor; otras veces estrofas sin sentido pero resplandecientes de armonía, letanías de amor que penetraban el alma como un aroma de todos los amores, y en cuantos le escuchaban, rodeándole apretados, devoradores de las palabras, los rostros cerrados con dura expresión de triste ignorancia, se esclarecían como iluminados de súbito por interior aurora, y para siempre, ungidos por la divina poesía, quedaban grabadas en su frente las santas palabras... justicia, piedad, esperanza.

Jamás cantó de otros amores el poeta «Cantor de la Miseria», como le llamaban todos. Dama Miseria era su dama, y nunca tuvo más fiel amador.

La hija del Rey era muy aficionada de la

poesía, y aunque cien poetas cortesanos halagaban de continuo su vanidad de hermosa y de princesa, deseaba escuchar al poeta callejero de libre espíritu, al que satirizaba las costumbres cortesanas, al que amenazaba con ruinas y muertes á los poderosos, al que no se humillaba á la hermosura, ni al poder, ni á la riqueza, al enamorado «Cantor de la Miseria».

Le oyó por fin y lloró al oirlo, y estaba tan hermosa llorando tristemente tristezas que nunca había sentido, que el poeta «Cantor de la Miseria» por vez primera cantó la hermosura de una mujer. Afirmaba la princesa que poeta alguno le había emocionado tan dulcemente, y afirmaba el poeta que nadie como la hermosa princesa había comprendido sus canciones.

—¡Mal hice en escuchar á tanto poeta cortesano! ¿Qué podían decirme sino mentiras lisonjeras? Desde hoy tú serás mi poeta preferido.

—¡Mal hice en cantar mis canciones á los miserables! ¿No es mejor conmover piadosamente á los poderosos, que despertar amenázadores á los humildes? Desde hoy solo cantaré para vos.

Y de este modo quedó el poeta al servicio de la hija del Rey. Con sus colores y bordadas las armas al pecho, sobre el corazón, le veían cabalgar al servicio de la carroza regia; los miserables habían perdido á su poeta para siempre, y desde entonces, si algún nuevo juglar venía á decirles: «Oidme, yo soy otro Cantor de la Miseria», pasaban de largo, desconfiados, tristes, incrédulos...

¡Bah! «Cantor de la Miseria», hasta que las princesas quieran oirte.

LEY DE JUSTICIA

LEY DE JUSTICIA

La conciencia es como niño de pecho, se duerme con cualquier canción sin sentido. Bien considerado, lo que llamamos conciencia es miedo; miedo en primer término á la Guardia civil y demás poderes ejecutivos; después, miedo á... perder la estimación de las gentes, la protección valiosa de alguna persona en particular... miedo á cuanto pueda traernos perjuicio positivo.

No puede ser la voz de la conciencia afirmación categórica, rotunda; el yo lo sé, protesta íntima de la impunidad. No, es interrogación temerosa á lo imprevisto, á lo acaecedero; es, ¿si se supiera?

El respetable Sr. D. Teodoro Pomares del Llano juzgó en conciencia que no debía perjudicar á sus hijos de legítimo matrimonio por favorecer al hijo natural; y aunque la conciencia le escarabajeó algunas veces desazonándole, los deberes de padre, y en vida de su esposa los de esposo legítimo, cumplidos, se sobreponían por fin á la consideración de otras obligaciones, deuda todo lo más, pero no deber.

A la hora de la muerte, por resquicio abierto con medrosa precaución á la eternidad, penetró la luz en su conciencia. Habló con su hija, y con amor de padre pidió protección para aquel hermano desconocido.

Nada exigible quedaba en el testamento, ni legado, ni manda; á la conciencia de sus hijos dejaba lo que debían hacer por el hermano, criado con pobreza, para el trabajo del artesano, sin educación, sin enseñanza, distinto á ellos en todo.

Murió D. Teodoro Pomares, y su hija

Clara, sin vacilar en su conciencia de cristiana, resolvió desde luego lo que debía hacer. Escribió primeramente á su hermano legítimo, infatigable viajero, cómo al ocurrir la muerte de su padre, ausente largas temporadas de su casa y de España, después encargó á persona de confianza que averiguase todo lo referente al otro, al nuevo hermano. Clara, con la expansión de los corazones juveniles, acariciaba gozosa aquel nuevo afecto. ¡Otro hermano! Deseaba conocerle; hubiera corrido á su casa, ó le hubiera traído á la suya; pero aconsejada por personas de autoridad, contrarió bien pronto el generoso impulso. No era conveniente. El muchacho nada sabía de su origen; pintor de oficio, vivía con estrechez, pero sin miseria, en compañía de una hermana de su madre, y en amores, con barruntos de próxima boda, con una guapa muchacha de la vecindad. Bastaba con señalarle una pensión que le sería entregada puntualmente; con eso podría establecerse en me-

jores condiciones, viviría sin apuros la vida sana del artesano honrado. Y ¿qué más podría pedir? Todo se arreglaría de modo que no hubiera que dar nombres ni caras. ¿A qué remover historias de muertos? Clara halló atinadísimo cuanto le aconsejaron, y solo insistió en que la pensión señalada fuera espléndida, segura de que su hermano no había de llevarlo á mal. Carlos era muy bueno, muy cristiano.

¡Ya lo creo! No esperaba Clara que lo fuera tanto. Cuando volvió de su viaje, al presentarse en su casa no iba solo, le acompañaba su hermano.

—¡Aquí está—dijo—aquí está nuestro hermano! ¡Pomares del Llano como nosotros!... Partícipe de la herencia de nuestro padre, como nosotros, en nuestra familia, en nuestra casa...

Clara titubeó emocionada.—Yo hice lo que creí... lo que me dijeron...

—¡No te aflijas!... Lo que otros quizás no

hubieran hecho, pero aún era poco. Tú, cristiana, hiciste obra de caridad, yo hago obra de justicia. Da un beso á tus hermanos.

EL PARAISO PROMETIDO

EL PARAÍSO PROMETIDO

(Páginas del Evangelio socialista.)

I

Juntos, muy juntos, aferrados los cuerpos en abrazo estrechísimo, más que nunca, carne los dos de una misma carne, vida los dos de una misma vida, pero vueltos los rostros avergonzados para no hablarse ni con la mirada, permanecieron Adán y Eva á la puerta del Paraíso, fijos ante ella, consternados, absortos, hundidos en el abismo de su conciencia, sosegada hasta entonces, risueña y plácida como la Naturaleza toda en el Edén perdido; tempestuosa y espantable ahora

como los mares embravecidos y los eriales desoladores que fuera del Paraíso les rodeaban por todas partes y se extendían hasta lo infinito sin una senda llana, sin una sombra refrigeradora, sin un abrigo seguro de las fieras y de los elementos. La flamígera espada del ángel trazaba inmensa línea de fuego cerrándoles el paso, y tras de ella, hermoso, florido, encantado, el Paraíso para siempre perdido, para siempre, por decreto inexorable de Dios.

Y el hombre y la mujer fijos allí, con el estupor de la tremenda ruina, sin una queja, sin un lamento; sin advertir siquiera los peligros innumerables, amenazadores, de su vida, desde el fatal instante en que habían sido arrojados del Paraíso.

¡Solos por vez primera y contra ellos la justicia divina y la Naturaleza despiadada, ejecutora suya inexorable!

¿Qué resistencia, qué ánimo fuerte en condición tan miserable?

Así, ni un solo pensamiento de su futura existencia posible les alentó para nueva vida; solo en morir pensaban. Pero en morir allí, ante las puertas del Paraíso, sin perderle de vista ni un solo instante; morir gozándole todavía con miradas ansiosas... Detrás, á su espalda, bien lo oían, el vendaval desencadenaba oleaje de mares, aullidos de fieras.

¿Para qué volverse á mirar, si cada paso había de llevarlos á un rudo dolor y á la muerte por término? Tanto mejor esperarla allí, mitigado el horror de morir por la vista consoladora.

Por vez primera, desfallecidos de necesidad, rendidos de cansancio, dejáronse caer por tierra, abrazados, y todavía se incorporaban anhelosos por contemplar aún su Paraíso.

Por vez primera, el ángel de los consuelos descendió á su lado; suavísimo resplandor esclareció tierra y cielo á su presencia.

—Levantad—les dijo.—¿Porqué permanecéis aquí? Habéis perdido el Paraíso para

siempre. Dentro de poco ni contemplarlo os será permitido. Ved, una muralla de fuego os impide el paso; la tierra, con sacudida espantosa, levantará montañas de granito que os le ocultarán para siempre. Lejos, lejos de aquí. No os atormentéis con el recuerdo de lo que fué, la vida os espera. Volved los ojos á vuestra espalda, allí tenéis un nuevo Paraíso que lograr, tan hermoso como el primero.

Confortados por las palabras del ángel, dulcemente imperativas, levantáronse del suelo Adán y Eva y, ansiosos, volvieron la vista á sus espaldas. ¿Un nuevo Paraíso? ¿Dónde?... Y sus ojos buscaban en vano por la tierra árida.

—Sí, allí—proseguía el ángel—allí, en esos eriales, en esas rocas duras, en esos abrojos; y en ti, dijo al hombre, llevas el poder que ha de hacerle surgir. No pienses más en el Paraíso perdido, piensa en el que has de lograr en esa tierra fecundada por tu traba-

jo. Desapareció el ángel, y Adán, recobrados valor y aliento, sin volver los ojos al Paraíso perdido:—Sígueme—dijo á Eva—y echó adelante, apartando malezas á su paso, quebrando ásperas ramas, ensangrentando sus pies y sus manos y con rastro de sangre trazando el camino de la humanidad hacia el nuevo Paraíso prometido.

II

Pasaron generaciones, y por el trabajo de todas un pedazo de tierra mostrábase como nuevo Paraíso. Pero formidable muralla le separaba del resto, árido y desolado todavía. Dentro de su recinto sus poderosos y ufanos conquistadores gozaban de tanto esplendor, con todas las apariencias de la felicidad.—Fuera, los miserables desheredados clamaban por franquear la entrada, invocando el nombre de hermanos, hijos todos de aquel mismo padre á quien el ángel ofre-

ciera el nuevo Paraíso, logrado á fuerza del trabajo de cien generaciones.

Y los de dentro no les escuchaban, ó les respondían desabridos, negándoles el nombre de hermanos.

—No, nada hay de común entre nosotros—les decían—; somos los fuertes, fuimos más hábiles. Nosotros fuimos los trabajadores; vosotros, incapaces para otra cosa, fuísteis instrumentos de nuestro trabajo; estáis sometidos á nosotros como las bestias de labor, como las máquinas auxiliadoras de nuestro esfuerzo. El Paraíso terrenal no es para vosotros, no lo será nunca si hay justicia en la tierra.

Y los de fuera gemían y blasfemaban con dolor y con ira, porque si la tierra tenía su Paraíso, ellos le habían regado con su sangre, la misma sangre con que Adán regó el primer surco trazado en ella... Y entonces bajó Dios mismo hecho hombre, y habló así á los que gemían y blasfemaban al pie del muro:

—Por ventura ¿pensáis que los de adentro están en el Paraíso? En verdad os digo que no es ese el Paraíso que yo prometí. Vedlos que van juntos á sus festines y placeres: pero no como hermanos, para festejarse con verdadero amor, sino como lobos hambrientos en manadas para defenderse unos á otros mientras hacen presa, y después ellos mismos se la disputan y se destrozan entre ellos. En verdad os digo que de la tierra no surgirá el Paraíso prometido hasta que esas murallas no se desmoronen y los de fuera y los de dentro no os abracéis como hermanos, y el amor universal reine sobre la tierra. No intentéis asaltar con violencia su Paraíso ilusorio. No vayáis á ellos; ellos vendrán á vosotros; desengañados de poseerle, ni de llegar á él mientras no vayan con vosotros, unidos todos como hermanos.

EL CABALLERO DE LA MUERTE

EL CABALLERO DE LA MUERTE

La ciudad toda, coronada de sol, y de flores y flámulas prendida, se alboroza con alma de niño, alma de multitud regocijada, porque el cielo resplandece y las calles están de fiesta; las músicas marciales ritman el paso de la gente atropada y todos parecen soldados de un ejército triunfador.

Devotos del amor y la hermosura, llegan los peregrinos caballeros, jóvenes y gloriosos. Son doce. Los doce pretenden el amor de la princesa hermosa; la fortuna, no el mérito, puede distinguir á uno solo entre ellos. Son doce jóvenes y gloriosos. La prin-

cesa los ve pasar desde la terraza de palacio y exclama con terror:

—¡Son trece!

—Son doce, señora mía—replica con dulzura su nodriza.—Hoy no pueden envidiarse unos á otros; mañana uno solo será envidiado de todos.

—¡Son trece, trece! Tú no ves, nadie ve al que llega detrás de todos, al caballero de las armas pavonadas, en un caballo negro, gualdrapado de negro, con negro airón por cimera del casco... ¡Son trece... trece!

Y la princesa mira con espanto adonde nadie mira, adonde, aunque todos miraran, nada verían. Al caballero de las armas pavonadas, al desposado fiel de la princesa, solo visible para ella desde el día en que un beso de muerte transfundió por todo su ser, desde la frente, serena con la quietud de un pensamiento fijo, á las plantas graves, de pasos mesurados, conocedores de un camino predestinado, poder sobrenatural que anima

en ella, á pesar suyo. Todo impulso de amor en su alma, es golpe mortal para el objeto amado; si la princesa dice ¡hermosas flores!, las flores se agostan á su paso; si escucha con amor el canto de los pájaros, los pájaros caen á sus pies como heridos por cazador certero; un príncipe amado, radiante de vida juvenil, murió en el tiempo que ella exclamaba: «Sí», trémula entre sus brazos... Y desde aquel día la princesa redujo su corazón al cielo y solo escucha la voz que nadie oye, y solo mira al que no ve nadie.

—Morirá cuanto ames—juró el caballero—; pero tú, amada mía, nunca morirás...

Y la princesa entristece su alma con pensamientos de odio; quisiera vivir entre criminales, en parajes desolados, donde todo inspirara horror. Y para no amar nunca, solo escucha al que nadie oye, solo mira al que no ve nadie, á su fiel enamorado, al caballero de la muerte, solo visible para ella, su inmortal desposada.

LOS «CLOWNS»

LOS «CLOWNS»

Tis meat and drink to me
to see a clown.

(SHAKESPEARE)

En la precedente frase de Shakespeare tienen los clowns la mejor ejecutoria; como en las obras del mismo excelso autor, ilustre abolengo. Clowns figuran en casi todas ellas, y por boca de clowns espresó Shakespeare quizá lo más profundo de su filosofía, con irónica suavidad, con burlona tristeza, con bufonesca fantasía, con ese humor que pu-

diera simbolizarse en una lágrima, sorbida por una sonrisa.

Con la primavera, himno pagano de la Naturaleza, entre los espectáculos artísticos primaverales, pobre y atenuada imitación de espectáculos paganos, corridas de toros y juegos circenses, vuelven los clowns todos los años, y sin sus chillidos, sus volteretas, sus colorines, algo le faltaría á nuestra primavera.

El circo tiene fieles aficionados y grandes admiradores. Artistas y poetas modernos como D'Aurevilly, Richepin, Lemaitre y Le Roux, han dedicado estudios y elogios á los más célebres acróbatas y écuyères. Descartado lo que puede hallarse en esa admiración artística de rebuscado, de acrobatismo intelectual, lo cierto es que existe el arte gimnástico, y que la frase usual entre los artistas de circo «Fulano es un talento en el trapecio», puede admitirse sin reparo. De la célebre Occeana decía Barbey D'Aurevilly:

«Es un genio corporal»; y el artista más delicado, solo con la palabra genio, puede admirar cumplidamente á gimnastas y acróbatas, écuyères y clowns como los Sheffer, los Hanlon-Voltas, Corradini, Billy-Haiden y los Hanlon-Lees.

Un clown artista, un verdadero clown, es tan raro como un tenor ó un gran artista dramático. Si alguno logra sobresalir, ya puede estar seguro de hacer fortuna. Hay clowns que ganan cuatro y cinco mil francos al mes.

El célebre Chadwick dejó al morir un buen capital, logrado á fuerza de piruetas y finflanes. Pero son los menos los que al cabo de una vida errante y fatigosa consiguen tan brillante resultado. Los artistas de circo, por regla general, son imprevisores; buena gente casi toda; aniñada en los gustos y en las costumbres; amantes de la *toilette*, de la pedrería vistosa, buena ó falsa; bebedores, jugadores y no muy enamorados, sin duda por-

que el amor es fuerza nerviosa, y sabido es que la fatiga muscular es el mejor calmante para los nervios. Se casan muy jóvenes, como los soberanos, por razón de Estado; son dos sueldos más que dos corazones que se unen. Contra la opinión vulgar, asesorada por escritores sensibleros, son padres cariñosísimos, y cualquier niño de buena familia, atormentado por maestros, ayos y padres vanidosos, es más digno de compasión que los chicos de circo.

Es una gente digna de estudio, una raza especial, como los gitanos, sin patria, sin carácter de nacionalidad, políglota, cosmopolita, y con todo ello conservadora de tradiciones inmemoriales.

El circo vive de la tradición. Romper moldes en cualquier ejercicio gimnástico es más difícil y causa mayor alarma que romperlos en el teatro. Circos hay que rinden culto al clasicismo y desprecian á los innovadores, á los truquistas efímeros; números

de sensación durante una temporada, pero que no permanecen como los clásicos.

Billy-Haiden, los Hanlon-Lees, fueron creadores geniales; pero El muerto y el vivo y La mariposa, son intermedios cómicos eternos, como «Hamlet» y «La vida es sueño».

El público de buena fe no acude al circo por el artista, sino por el ejercicio. «La del caballo, la del alambre, los payasos». Así designa á los artistas, sin tomar en consideración los nombres que en el programa figuran. Para ese público el circo es los caballitos, aun cuando no haya ningún caballo. Y para gozar verdaderamente en el circo, no se debe asistir á él en día de moda, sino por la tarde; no como artista rebuscador de sensaciones ó símbolos, sino como pueblo, como niños para confortar la otoñada de nuestro corazón avejentado, con las risotadas infantiles, frescas, primaverales; las risas que en nosotros murieron para siempre, y solo en dulce sonrisa

de bondad podremos lograr reflejadas si, ya que no tenemos alegría propia, sabemos alegrarnos con la alegría de los demás; como los padres y los abuelos cariñosos que en los palcos del circo, guarnecidos de cabecitas sonrosadas, rientes, luminosas, asoman entre ellas los rostros fatigados, rugosos, sombríos de ordinario, esclarecidos entonces por un reflejo de la infantil alegría de los pequeños, esa alegría que nunca vuelve, esas risotadas frescas, infantiles, primaverales, que son el mejor aplauso para los payasos del circo.

LA MULA Y EL BUEY

LA MULA Y EL BUEY

Es leyenda de Italia, flor de su piedad religiosa, inspiración, sin duda, del espíritu franciscano, de su místico panteísmo, en que revivía purificado el culto helénico á la Naturaleza toda, obra maravillosa de Dios.

Estrofa del inefable himno del amor á cuanto existe, entonado por el seráfico santo de Asís en amorosa letanía... ¡Hermano sol, hermano lobo, hermanas rosas!... Leyenda pueril, para ser balbucida por niños y cantada por zagalas para que los humildes de corazón la crean.

El niño Jesús, con divina bondad, no permitió que la mula y el buey del pobre

establo de Belén perecieran por siempre, y un eterno aliento vital animó el perecedero cuerpo de los mansos animales, que con su aliento sosegado de bestias pacientes dieron calor junto al pesebre al niño Dios nacido hombre.

En elíseos prados pastan eternamente en dulce libertad y bendecida por Dios la humilde mansedumbre de todo animal, como la mula y el buey de Belén; con ellos viven, y de plácida existencia gozan por siempre, los mansos animales que aliviaron fatigas al hombre, que acompañaron soledades y penas, que sufrieron pacientes golpes y tormentos.

Perrazos salvadores de sus amos, guías vigilantes de pobres ciegos, víctimas cachazudas de niños abandonados, perros y caballos habilidosos, sostén de familias miserables, por circos y por plazas; borriquillos y mulas, trajinantes continuos, apaleados por el amo desagradecido; caballos de guerra,

palomas mensajeras, animales pacientes, animales sufridos, bondad resignada, trabajo sin provecho propio, padecer sin ajena compasión.

¡Santa, dulce leyenda la que os concede un paraíso de quietud, en recuerdo piadoso de la mula y del buey, que con su aliento dieron calor en la tierra al Amor Divino, que por amor al hombre nació en un establo.

LOS REYES MAGOS

LOS REYES MAGOS

Despertóse nervioso, calenturiento. Mal despierto y mal-dormido toda la noche, despierto y dormido había soñado con la regia cabalgata de los Reyes Magos. Con los más ricos materiales recogidos en la realidad forjó la imaginación del niño deslumbradora comitiva; caballos empenachados, con rendajes de oro, y sobre ellos los Reyes resplandecientes de joyas, y detrás los camellos cargados de tiendas enteras de juguetes y de cajas de dulces.

Apenas clareó el amanecer anhelado, de un brinco saltó de la cama y corrió al balcón, trémulo de curiosidad y de esperanza.

Tan pequeño, que no alcanzaba á levantar la falleba, era un manojillo de nervios vibrantes, morenucho, con la piel fina de los niños morenos en que se transparentan las venas muy azules; los ojos en continuo abrir y cerrar; la nariz respingada; un feillo con gracia para ser querido antes que admirado; mimo de las madres, celosas siempre por femenil instinto, que aguzado en los hijos hermosos al verlos acariciados por todos, prefieren el menos atractivo, el que es de ellas *solo*, el que solo para ellas es lindo y gracioso.

Al ruidoso forcejear del niño para abrir el balcón acudió una criada dando gritos.

—¡Demonio, que te vas á morir, vuelve á la cama!

—¡Los Reyes! ¡Quiero ver lo que me han traído los Reyes!

—¡Qué tonto, qué tonto!

Era el hermano mayor, que reía desde la cama al enterarse de lo ocurrido.

—Mira, mira—le decía al pequeño cuan-

do la criada le subió en brazos á la cama.—Yo tengo ya mi regalo. Y le enseñaba un duro de los recién acuñados. Me dijo papá anoche: «¿Tú crees en eso de los Reyes? ¡Tonto, más que tonto! Los Reyes son papá y mamá...»

—¡Mentiroso!—gritó el pequeño con ira.—Han venido los Reyes y me han traído muchas cosas, y á ti nada, porque me haces rabiar...

—¡Tonto, más que tonto!—seguía el otro implacable.

El pequeño rompió á llorar. Acudió el padre, desazonado por la gritería, de mal temple...

—¿Qué ocurre?

Explicado el caso, el padre, educador positivista, tomó desde luego el partido de la razón práctica.

—Tu hermano tiene razón; no hay tales Reyes; esas son tonterías y los hombres no creen en esas cosas...

El niño quedó aterrado ante las severas afirmaciones de su padre. Lloraba calladamente, con honda pena...

—¿Lo ves, lo ves?—le decía triunfalmente el mayor.

Y él lloraba, lloraba... Entró la madre.

—¿Qué tiene el niño? ¿Porqué llora?

—¡Déjale, por tonterías!

—¡Corazón! ¿Porqué lloras?

—Porque dice papá que no vienen los Reyes Magos; que no hay Reyes Magos...

El padre se disponía á insistir con mayor severidad; pero la madre le contuvo con una mirada.

—¿Te han dicho eso? ¡Por hacerte rabiar! ¡Sí hay Reyes Magos, sí, vida mía! Unos Reyes muy buenos que quieren mucho á los niños...

Y secando á besos las lágrimas del hijo, iba contando la eterna leyenda, y el niño, al oirla, se abrazaba á ella como si ansioso se amamantara de nuevo al pecho de su madre,

y con hipo de risa y llanto desafiaba al padre y al hermano.

—¿Ves lo que dice mamá? ¿Ves como es verdad todo?

TRIUNFO DEL AMOR

TRIUNFO DEL AMOR

En torno del moribundo, los afectos más cariñosos competían en solicitud, en generosidad. Los médicos habían opinado acordes, en la última consulta, que solo un milagro podía salvarle, y como los médicos no suelen hacer milagros, al desahuciar el cuerpo sentenciado permitieron libre expansión al espíritu, aconsejando á la familia que no contrariaran en nada al enfermo.

Se extinguía lenta, dulcemente; no era el duro arrancarse de la vida con doloroso esfuerzo, como árbol descuajado; era desprenderse de ella con vuelo suave; era el desgajarse del árbol á la otoñada, y al desfallecer

corporalmente, el espíritu animoso, como prisionero que viera desmoronarse ante su vista los muros de su cárcel, sonreía al amor, á la vida, sin temer que del mismo modo el edificio todo se derrumbara.

—Quiero casarme, para que ella pueda estar siempre á mi lado, hasta que me ponga bueno del todo... ¿Verdad que no te opones, madre mía? ¿Verdad que ella no se opone tampoco? ¿Quién se opone entonces? ¿No habíamos de casarnos en cuanto yo estuviera mejor? Y ¿no lo estoy? ¿No lo veis todos? Y ¿no estaré antes mejor, cuando ella esté siempre á mi lado, como esposa mía, esposa de mi alma?... ¿Porqué no nos casamos?

La situación era insostenible ante la terquedad del enamorado. Un día y otro procuraban cuantos le rodeaban dar tiempo al tiempo, animándole con esperanzas de rápida mejoría; pero la idea constante era el único pensamiento que animaba con tenacidad de locura aquella existencia agonizante.

Se consultó á los médicos, y desde luego consideraron asunto particular y de conciencia el caso en que solo debían resolver las dos familias interesadas. Los amigos tampoco acertaban á dar consejo. ¡Eran cuestiones tan delicadas!

—Comprendan ustedes mi situación—explicaba la madre del moribundo.—Si yo me opongo resueltamente á que mi hijo se case en tal estado, pensarán que lo hago por interés, porque esa muchacha no herede lo que le corresponde... Por otra parte, yo no tengo derecho á suponer que los padres de esa muchacha atiendan solo al interés; y casar á su hija con un enfermo del pecho, con la seguridad de que ha de quedarse viuda y con probabilidades (no lo quiera Dios) de que pueda adquirir la enfermedad de mi hijo... ¡Háganse ustedes cargo!... A cualquiera le doy lo que yo estoy pasando...

Los amigos compadecían de todo corazón á la acongojada señora.

Los padres de la novia no andaban menos desconcertados.

—Ya ven ustedes. Si nosotros nos oponemos, pensarán que nuestra hija no le quiere lo bastante para exponer la vida por él... Porque expone la vida... Y si se casan, diría todo el mundo que se casaba por interés... Como el muchacho heredó de su padre y tiene fama de rico, aunque no crean ustedes que es tan rico como se dice; pero vaya usted á convencer á la gente... Nuestra hija piensa lo mismo que nosotros, y no sabe qué hacer, porque estas cosas no pueden decidirse con el corazón... Si no hubiera intereses por medio, ya estaría resuelto; se casarían, y en paz; todo antes que oir á ese pobre muchacho, que parte el corazón, y á nuestra pobre hija, que va á costarle la vida, créanlo ustedes...

Los amigos asentían á todo, consolando como podían á los atribulados padres.

Y así pasaban los días, dando tiempo al

tiempo: las dos familias frente á frente, contrariadas, violentas; compitiendo en generosidad... ¿quién hablaba primero? Y la voz doliente del enamorado moribundo, implorante siempre, con ternura infantil ó arrebatos de loco, sin comprender que intereses humanos y consideraciones sociales lucharan en torno suyo, impidiendo al amor triunfar de la muerte...—¡Quieren matarme!... ¡Nadie me quiere, ni mi madre, ni ella... nadie... nadie!

Era forzoso concluir de una vez. Su madre consultó con el confesor, y resuelta á todo, decidió decir la verdad á su hijo.

—No es tu madre quien se opone, pero yo no puedo pedir á unos padres que su hija se case contigo. Son ellos los que han de proponerlo... Y si esa mujer te quisiera, ella es la que debía decidirse... Pero ¿y si no recobras la salud? ¿y si por desgracia tu enfermedad no tuviera remedio? ¿Comprendes cómo yo no puedo resolver nada? ¿Cómo tampoco tú debes exigir un sacrificio?...

El moribundo, por vez primera, sintió que moría. Cuando llegó su amada, comprendió que algo había ocurrido: él lo confesó todo, delirante de amor y de tristeza infinita...

—Me lo ha dicho mi madre. No debo exigir ese sacrificio... Moriré sin haberte llamado esposa... No tendrás que llamarte viuda sin haberlo sido... No vuelvas aquí... El amor se espanta de la muerte...

—¡No, no es verdad! Tú no sabes, tú no comprendes... ¡Ah, pobre amor mío! ¿Crees que yo tengo miedo? Oyes solo á tu corazón y no comprendes lo que pensarán de mí... No has pensado en que tú eres rico...

—¡Ah! ¿Es eso? ¿Solo eso?... ¿Verdad? Sí, es verdad... Si no me muero... No me moriré sin ser tuyo...

Después de escena tan apasionada, las dos familias tuvieron que darse por vencidas; el amor había resuelto el conflicto... Se casaron *in articulo mortis*. Un amigo de buen humor

dijo que así moriría el enfermo con todos los sacramentos. La madre del novio explicaba su determinación:

—Ya ven ustedes, si yo me opusiera... creerían que era por heredar á mi hijo... Pero no comprendo cómo esos padres consienten en casar á su hija... Ya ven ustedes, si mi hijo se muere, ¿qué hace esa muchacha, viuda en lo mejor de su vida? Y si mi hijo se repone, como de todos modos no ha de curarse, se expone á que ella también enferme... ¡No lo comprendo!

Los padres de la muchacha se lamentaban por su parte...

—Ya sabemos lo que pensará la gente; pero estamos tranquilos. Todo el mundo ha visto cómo se querían, y por muy rico que sea el muchacho, más expone nuestra hija... que expone su vida; por interés no hay padres que sacrifiquen á una hija...

Se casaron, y una vez más el amor triunfó de la muerte.

CUENTO DE CARNAVAL

CUENTO DE CARNAVAL

—¿Pero de veras no fuiste el año pasado á ningún baile de máscaras? ¡Qué sosa! Yo, desde antes de casarme, tenía decidido ir, después de casada, al primer baile que hubiera, en el Real por su puesto. ¡Si es la calaverada de reglamento para las recién casadas!

—Por la idea que yo tengo de los bailes no me parece que es lo más á propósito para matrimonios...

—Sí, ya lo sé; la diversión no es cosa, es la curiosidad. ¡Me han hecho sufrir tanto los dichosos bailes! Porque ya era sabido, todos los años, al llegar el baile de escritores, re-

gañina con Pepe... Él protestaba siempre que no iría; la noche del baile se estaba en casa hasta más tarde que de costumbre, aparentaba estar muerto de sueño y venía con el traje más viejo que tuviera y hasta con la camisa sucia... Todo para convencerme del esfuerzo extraordinario que le costaría vestirse á las tantas de pies á cabeza... Era humor, la verdad... ¿Quién no se convencía?

Pues con todo, á la mañana siguiente ya sabía yo que el caballero había estado en el baile, muy divertido con una porción de amigotes y de... *amigotas*. Ahí tienes porqué tengo capricho de ir á un baile; para ver lo que pasa allí, qué atractivos tiene para los hombres.

—Esa curiosidad comprendo que la tuvieras de soltera; pero ahora, ya puedes comprender los atractivos...

—Menos que antes. No creo que un capuchón y una careta basten á cambiar el carácter ni la condición de una mujer... Para

las que vayan al baile dispuestas á ser conquistadas todo el año es Carnaval. ¿No crees?

—Ellas son las mismas. Ellos son los que cambian... Me he convencido de que los hombres son mucho más tímidos que nosotras... Se creen conquistadores y son los conquistados. Con la careta de ellas no son ellas las que se atreven más, son ellos. Con franqueza, vanidad aparte, ¿se te ha declarado algún hombre sin que antes te hayas tú clareado?

—Muchos... ni clareándome, vanidad aparte.

—Ahí tienes el encanto de un baile de máscaras para los hombres. Esa noche se atreven á todo. ¡Pobrecillos! ¡Si yo no sé cómo hay mujeres celosas! Con decirte que Trinidad Acebedo estaba locamente enamorada de mi marido y él no había notado nada; he sido yo quien ha tenido que advertirle y no o quiere creer.

—¡No te fies! Sobre todo, así es tu marido. Luís siempre fué muy formal...

—El ángel de los *luises*, garantizadas las alas por veinte años y por el P. Reinosa.

—¡Ay, Emilia! ¡Qué síntomas advierto en ti! Luna de miel en cuarto menguante... Me parece que de mejor gana ibas al baile sola que con tu marido. Pero no descompongas mi plan. Pepe está convencido; es preciso embromar á Luís para que también nos acompañe. Dos á dos, no hay remedio; todo el bromazo que podemos permitirnos es cambiar de pareja para desorientar un poco á los amigos. Porque yo voy decidida á dar bromas...

—¡Qué capricho! ¿Y cómo nos vestimos?

—Muy de serio, no vayan á tomarnos por cualquier cosa.

—No, hija; si en cuanto nos vean muy encapuchadas de negro, cogiditas del brazo de nuestros maridos, sin atrevernos á levantar la voz, muy acobardadas, nos tomarán

por lo que somos, por dos pobrecillas cursis recién casaditas, que han ido á curiosear... De seguro que los amigos nos conocen y nos dicen: «A los pies de ustedes...» ¡Nos vamos á divertir!

—¡No me desanimes! Es una vez en la vida...

—No, si iremos, iremos... si yo también tengo curiosidad.

***

Y como había previsto Emilia, disfrazadas con largos capuchones negros, de una seriedad casi penitente, Emilia del brazo de Pepe y su amiga Enriqueta del brazo de Luís, temerosas de llamar la atención, comunicándose las impresiones en voz baja, paseaban la noche del baile por el salón del teatro Real.

Los grupos bulliciosos, en que sobresalían chillonas voces de mascaritas entre voces y

risotadas hombrunas, como entre los fraques negros, los colorines de algún mantón de Manila, se apartaban respetuosamente para dejar paso á las dos severas parejas.

—Serán dos señoras de la aristocracia—decían algunos; se citaban nombres.

De un grupo saludaron á los caballeros.

—Adios, Luís; adios, Pepe. Vienen con sus mujeres—cuchicheaban luego.

¡Qué bromazo! Una *pierrete* con un antifaz tan escaso que más parecía una venda con ojos, y un escote, tan mal encubridor como el antifaz, se encaró con chulería.

—¡Jesús, qué pena! ¡Ahí va la funeraria!

—¡La funeraria! ¡La funeraria!—repitieron otras voces con grandes carcajadas.

Emilia y Enriqueta se aferraban al brazo de los maridos con temblor nervioso. Otra máscara comenzó á embromar á Pepe:

—¿Con tu mujercita? Así me gusta. ¡Cómo te acordarás de otros tiempos! ¡Pobrecilla!

¡Si supiera qué tunante estás hecho! ¡Ya, ya le diría yo más de cuatro cosas!...

Enriqueta se había parado delante de la máscara y escuchaba ansiosa; su marido tiraba del brazo de Emilia; se abría paso á empellones para huir de la embromadora.

No le valió, porque á los pocos pasos le rodeaba un tropel de mujeres, una comparsa entera de *estúdiantas* con mayor gritería y menos idea de las conveniencias. Decidieron volver al palco y retirarse pronto del baile; los cuatro estaban abatidos, pesarosos, esquivando comunicarse impresiones; solo cambiaban frases indiferentes, como personas entre sí desconocidas:

—¡Qué hermoso está el salón! Hay pocas máscaras bien vestidas... ¿No tienen ustedes mucho calor?

Y así por el estilo.

Las fiestas bulliciosas, que predisponen á intimar con quien no se conoce, rompen como por encanto la intimidad de los afectos

cariñosos. Cuando el corazón desea adquirir, avanza abierto y franco; cuando ya consiguió y solo desea conservar, se recoge silencioso, tímido. ¿Qué expansión puede hallar en un baile un afecto conyugal? Los dos matrimonios se aburrían visiblemente. Más que aburridas, las mujeres estaban tristes. Enriqueta recordaba la historia de sus amores con su marido. Pepe tenía fama de mujeriego; unas por él mismo, otras por chismorreos de amigas, sabía ella de mil historias y trapisondas con mujeres casadas, con mozas alegres. Nunca había pensado en ellas con tristeza, en su vanidad de esposa triunfadora; pero aquella noche, cada pareja, cada mujer, evocaba un recuerdo; sentía celos retrospectivos de toda aquella vida de su marido, que no había sido suya; unos celos intensos, desesperados, de esos que impulsan á cometer una falta por igualar la partida ó por lo menos á inventarla, calumniándose.

Emilia, en tanto, consideraba las circuns-

tancias que la habían unido á Luís. El corazón nada le dijo nunca en favor suyo; en cambio cuantos la rodeaban influían con ella para presentárselo como soñado esposo. ¡A todos les parecía tan bien! De no quererle hubiera pasado por loca ó extravagante, y le aceptó como se acepta una moda. A ningún otro hombre había querido; pero comprendía que á cualquier otro hubiera podido quererle más. Allí mismo, en el baile, ¡cuántos hombres apuestos, elegantes, cuántos á quienes ella no conocería en su vida! ¡Y pudiendo haber amado á uno entre mil, era esposa de uno elegido sin comparación!...

De común acuerdo decidieron retirarse á casa. Podían despedirse de los bailes.

Ya en su casita cada matrimonio, Enriqueta rompió á llorar como una chiquilla; el marido se quedó espantado creyendo que se había vuelto loca...

—¿Pero qué es esto? ¿Qué te pasa? Y ella, abrazándole apasionada, lloró sus quejas, sus

celos desesperados, preguntó implacable:

—¿Quién fué la primera? ¿A quién quisiste más? ¿Cómo la conociste? ¿Porqué la dejaste?...

Y Pepe, atolondrado, conmovido, tuvo que contestar á las preguntas, una por una, y más expresivo que nunca en su cariño tranquilizarla punto por punto...

—¡A ti más que á todas, más que á todas juntas!

Y Enriqueta, rendida á la evidencia, sonreía resplandeciente, porque, en efecto, su marido tenía una respuesta tranquilizadora para cada nombre de mujer preguntado.

Luís, bien ajeno á los pensamientos de su mujer, pudo acostarse tranquilo, y aunque le pareció más cariñosa que nunca, ni él lo extrañó, ni se le ocurrió preguntar nada, porque los hombres vanidosos creen que todo se lo merecen; pero en rigor, también pudo preguntar algo.

LA ELECCIÓN DE TRAJE

LA ELECCIÓN DE TRAJE

LA CONDESA. EL CONDE

(Un océano de figurines, estampas antiguas, fotografías y portfolios sobre una mesa; el pensamiento de la Condesa zozobra en tan deshecha borrasca.)

CONDESA

Todo muy visto; de verdadera novedad no hay más que éste...

CONDE

¿Con ese escote?... lo más visto de todo, hija mía.

CONDESA

Pas de esprit. No es cosa de broma. ¿Sabes de qué va María O?

CONDE

De Cleopatra. Con un traje verdaderamente faraónico y dentro la momia, faraónica también.

CONDESA

Me cargan los trajes históricos. Prefiero un capricho modernista.

CONDE

¡Por Dios! No vayas á parecer un anuncio de papel de fumar ó de algún específico. Huye del modernismo y de sus peligros.

CONDESA

Entonces... ¿Qué me aconsejas? Dame una idea. No sirves para nada...

CONDE

Yo qué sé... Solo te advierto que los francos están á... no sé como estarán hoy, pero, en fin, altitos...

CONDESA

¿Qué quieres decir con eso?

CONDE

Que somos un país pobre, eminentemente agrícola y, por lo tanto, un trajecito pastoril ó campesino es lo más propio de las circunstancias...

CONDESA

Es una idea; de pastorcita Walteau á la Pompadour, con muchas flores; los brillantes podrán figurar el rocío...

CONDE

¿No sería mejor que el rocío figurara brillantes, más poético?

CONDESA

Estás insoportable hace una temporada. No sabes hablar más que de números, cuando se trata de mí; como si yo fuera de esas mujeres que se arruinan por gusto. ¿Quieres que vaya con un traje prestado? ¿El que luce la Pérez en esa revista nueva de Eslava? Dicen que es de muy buen gusto y que ha costado un dineral. ¿No lo sabes?

Creí; porque dicen que es un amigo tuyo el que...

CONDE

(Cambiando de conversación como distraído.) No digas; para una señora lo más serio, lo más distinguido, es un traje histórico... con detalles...

CONDESA

Pero ¿qué se encuentra? Lo de siempre... Y tú... ¿qué cabeza vas á hacerte?

CONDE

¿Yo?

CONDESA

No discurras alguna payasada como el año pasado, para ponerte en ridículo.

CONDE

¿En ridículo?

CONDESA

Sí; te hiciste una cabeza imposible.

CONDE

De sátiro; copiada de un busto griego...

CONDESA

Muy gracioso, con aquellos... adornos, dorados por añadidura. No quiero que nadie haga chistes á costa mía.

CONDE

Este año me haré la cabeza de Otelo, como Zacconi.

CONDESA

Tanto se peca por carta de más, como de menos. Hazte la cabeza de Luís XVI.

CONDE

Gracias por la intención.

CONDESA

No lo digo por chiste. ¡Qué empeño en tormarlo á broma!... *(Un criado anuncia)*: D. Federico Garcés...

CONDESA

¡Federico! Más á tiempo...

CONDE

¿Hoy también?

CONDESA

Sí; él que tiene tan buen gusto y es tan artista, de seguro encuentra en seguida para ti también; ya verás, consúltale sobre tu cabeza... ¿No es triste que para todo tenga una que acudir á los amigos?... *(Saludando á un caballero que entra.)* Venga usted acá; es una evocación; llega usted en uno de esos momentos supremos... de usted depende mi felicidad este carnaval.

EL ELEFANTE BLANCO

EL ELEFANTE BLANCO

Willis Emerson y Benjamín Morrison eran propietarios, empresarios y directores de los dos circos ambulantes de mayor celebridad en los Estados Unidos.

Siempre en competencia (competencia á lo norte-americano, incesante y terrible), apenas llegaba el uno con formidable tren á cualquier ciudad de los Estados, para dar una serie de representaciones, podía augurarse que no tardaba mucho en llegar el competidor con aparato no menos formidable.

Los trenes que transportaban la muchedumbre de personas, animales y cosas, correspondientes á cada circo, tenían algo de

mitológico ó de apocalíptico. Hombres y mujeres de todas las razas conocidas, negros, japoneses, lapones, pieles rojas; animales de todas las faunas, fieras, elefantes, jirafas, caballos, serpientes... Era el Arca de Noé, la Torre de Babel, el caballo de Troya; era..., ¡oh regionalistas!, el cosmopolitismo triunfante.

Una vez instalados, estallaba en colorines de carteles, en músicas estruendosas, en cohetes, en bombas, el reclamo á lo norteamericano, incesante y terrible. Las piedras de la calle y las nubes del cielo, mediante proyecciones eléctricas, anunciaban los nombres de Emerson y de Morrison; los pastores protestantes, entre salmo y salmo, exclamaban: «¡Admiremos á Dios en sus obras! Asistid al circo de Emerson y de Morrison; allí hallaréis á Dios, porque allí hallaréis cuanto Dios crió.» Un criminal, á punto de ser ejecutado, gritaba: «¡Muero sin haber visto una representación de Emerson y de Mo-

rrison! ¡Es mi remordimiento y mi castigo!» Y pronunciadas estas palabras, una Comisión técnica ensayaba en él cuarenta y dos maneras de ejecutar por la electricidad.

Equilibradas las fuerzas de Emerson y de Morrison, el favor del público y las ganancias se repartían por igual entre los dos circos. Pero llegó un día en que la competencia fué imposible, en que se rompió el equilibrio, y el favor, el dinero y el reclamo, fueron de Emerson solo. ¿Qué peso había inclinado la balanza de su lado? ¡Ah! La posesión de un animal casi fantástico, de un animal poetizado por leyendas y tradiciones religiosas.

¡Un elefante blanco! Estimaréis conmigo que el peso de un elefante blanco bien puede inclinar una balanza.

Las aventuras del elefante blanco, referidas por mil *reporters*, con tan perfecto acuerdo, que parecían mil aventuras de mil elefantes distintos, excitaron el más vivo inte-

rés en toda América. Emerson y su elefante blanco eran los personajes del día. Hubo necesidad de dar dos representaciones diarias en el circo. Además, con billetes especiales á doble precio, se podía visitar al elefante en sus habitaciones particulares (un salón oriental, comedor y cuarto de baño), asistir á sus comidas y hasta beber con él una botellita de champagne, al que era muy aficionado.

Era un frenesí. Los dandíes dieron en llevar pantalones á lo elefante; colmillos de marfil eran los dijes y alfileres de corbatas á la moda; los archimillonarios alquilaban el elefante para *garden-parties* y cortejos nupciales. Un club de señoras dió una fiesta oriental en su honor, y el elefante blanco pasó tres días secuestrado en el club (incidente que dió ocasión á comentarios en los demás clubs femeninos, y á reclamaciones de la Sociedad protectora de animales).

Morrison, desesperado, próximo á la ruina, gastaba los últimos millones de dollars

en negociar por la vía diplomática una reclamación al gobierno de Siam por perjuicios causados á un súbdito americano, consintiendo el tráfico de animales sagrados. Todo inútil. El gobierno siamés contestó en términos muy enérgicos, y el gobierno norte-americano, poco acostumbrado á tales contestaciones, se dió por satisfecho después de consultar con el gobierno japonés si podría contar con su apoyo en caso de una conflagración indo-china.

Morrison decidió jugar el todo por el todo; organizar una expedición militar mercantil costeada por acciones, y encaminarse al mismo reino de Siam, decidido á traerse á cualquier precio el elefante sagrado. Rasgo de tanta energía levantó en su favor el espíritu público. Con la sola garantía de su circo, valuado en 1.000.000.000.000 de dollars, cubrió el empréstito de 1.000.000, y recibiendo en esto una prueba de la confianza de sus conciudadanos.

La despedida de Morrison el día de su embarque fué imponente; 2.000 personas murieron aplastadas en las calles, extranjeros en su mayoría. Emerson, preocupado por el porvenir, pensaba en la conveniencia de retirarse de los negocios y de presentar su candidatura para Presidente en las primeras elecciones, aprovechando la popularidad de su elefante blanco.

A los pocos días un suceso inesperado cambió como por encanto el curso de sus ideas. Una noche, terminada la representación, presentáronse en su despacho de director dos extraños personajes, que al pronto le parecieron figurantes de la gran pantomima siamesa, que por aquellos días representaba con objeto de exhibir al elefante en ambiente adecuado.

Eran dos grandes sacerdotes siameses... ¿El objeto de su visita? No era otro que tratar de la compra del elefante blanco. Emerson dió un suspiro luminoso... ¿Comprar el

elefante blanco? Luego en Siam no había elefante blanco. Morrison corría derecho á su ruina. ¡Ah! El triunfo era mayor de lo que hubiera podido pensar. Sería Presidente y seguiría siendo empresario... ¡Emerson *for ever!*

Los sacerdotes expusieron el caso.

En Siam había elefante, pero provisional; es decir, barnizado, gracias á un hábil procedimiento. Pero aquella farsa no podía subsistir, era indigna del sacerdocio, podría descubrirse más tarde ó más temprano, y entonces... ¿quién podría convencer á las gentes de la blancura auténtica de ningún elefante pasado ni venidero? Adiós las creencias, freno de las pasiones; adiós las pompas sagradas; adiós bayaderas, sacerdotes y sacerdotisas...

Emerson no tenía más que pedir cuanto quisiera. Los tesoros del templo eran inagotables. Un elefante blanco no tiene precio.

El negocio era tentador. Emerson pidió una noche para reflexionar.

Al día siguiente, el público arrebataba los periódicos en que se daba noticia de la venta del elefante. La indignación popular era extraordinaria. ¡Vender el elefante blanco! ¡Un elefante que era gala y orgullo del pueblo norte-americano! Los ingleses habían protestado de la venta de Jumbo, y ellos no podían ser menos.

Emerson tuvo que encerrarse en la jaula de los leones para escapar al linchamiento.

Protegidos por la fuerza pública, pudieron por fin embarcar los sacerdotes siameses en compañía del precitado elefante blanco. El Comercio cerró los escaparates; 3.000 personas perecieron aplastadas en el muelle de embarque. Nadie sabe lo que hubiera ocurrido si aquel mismo día, 6.000 hojas extraordinarias, no hubieran publicado un telegrama anunciando el regreso de Morrison

con el elefante sagrado de Siam, el elefante auténtico, blanco como la nieve, adquirido en tres millones de dollars, y asegurado en cinco por cuarenta Sociedades de seguros inglesas y americanas.

Emerson estaba ebrio de gozo y de *wisky* alternativamente. Su enemigo, su rival, volvía con el elefante pintado, un elefante que á una palabra suya quedaría desacreditado, y él mientras había vendido un elefante... tan pintado como el de Siam... Un elefante que se desteñiría antes de llegar al templo... Pero no, por una satisfacción ridícula de amor propio no era cosa de descubrir la verdad. Hay intereses sagrados que están sobre todo; los sacerdotes siameses tenían razón... Si las gentes descubrían que los elefantes blancos eran pintados, ¿qué empresario podría convencer al público de la blancura auténtica de los elefantes blancos pasados y venideros?

Lo mejor era entenderse con Morrison y

pedirle la mano de su quinta hija para su cuarto hijo, unir los dos circos en uno y arruinar á los demás empresarios de América.

Emerson no era hombre que dejara de cumplir programa alguno. A los cuatro días se unían cuatro manos: dos de esposos y dos de empresarios.

El circo Emerson-Morrison daba función de gala aquella noche. Cinco mil personas murieron aplastadas á la entrada. Como número de sensación, los recién casados y el pastor que había bendecido su enlace entrarían en la jaula de los leones.

El novio, vestido de frac, y la novia, con riquísimo traje de boda, penetraron del brazo serenos y sonrientes. El pastor leyó unos versículos de la Biblia, los referentes á Daniel en la cueva de los leones. Cuando el entusiasmo del público era mayor, una de las fieras se abalanzó á los novios, y de un manotón desgarró el prendido de azahar de la

desposada. Los norte-americanos tuvieron risa para todo el año, y el célebre humorista Mark Twain cobró cinco mil dollars por un artículo refiriendo el incidente.

EL POEMA DEL CIRCO

EL POEMA DEL CIRCO

Invocación.

Espíritu de Barbey D'Aurevilly, de Villiers de l'Isle Adam, de Poe, de Banville, de cuantos decadentes, satánicos y parnasianos, *clowns*, acróbatas y dislocados de entendimiento, admirásteis el genio corporal de *clowns*, acróbatas y *écuyères*, inspirad el poema del circo. Pirueteen, caigan en saltos mortales las estrofas, jueguen y brillen como esferillas metálicas, cuchillos y antorchas de malabarista, dislóquense en neologismos incongruentes, hagan trampolín del Diccionario, sean colorines, lentejuelas, campanilleen

el iris todo, y si de los sentidos pasan al alma, suenen en ella á risas infantiles, porque el circo es la infancia del arte, y en el circo reviven nuestros días infantiles.

La música.

De lo alto van cayendo, sin expresión en el ritmo, sin calor de alma artística, como de un instrumento impersonal, de una orquesta mecánica, valses llorosos que mecen el alma de los ojos al corazón, del corazón á los ojos. Música evocadora, música vívida... Recuerdo de amores arrullados por ella, de bailes, de aventuras de otros años, de otros lugares... El vals aprendido en amorosa intimidad, el vals oído en café-concierto parisién, único recuerdo espiritual de un amor de viajero, de esos que solo dejan un recuerdo dorado: una cabellera de oro, vinos de oro, monedas de oro... Música evocadora, música vívida que mece

el alma del corazón á los ojos, de los ojos al corazón.

El salto mortal.

Por una gran ventana del circo aparece la luna llena, blanca, redonda como un aro de papel de seda, de los que rompen con gracioso salto sonrientes *écuyères*. ¡Quién pudiera, haciendo trampolín de altísima montaña, rasgar la luna y penetrar de un salto mortal en el secreto de lo infinito! Así decía un artista que ha dado un salto mortal en su cultura literaria desde el catón á D'Annunzio sin tropezar en Cervantes.

Caballos, perros... y niños.

Son las víctimas del circo.

¡Animalitos!

¡Pobres niños!

Así exclaman espíritus sensibles.

De los animalitos nada sabemos. Pero los

niños bachilleres á los doce años, ¿no son más dignos de compasión que los niños del circo? Padres que por nada del mundo dislocarían los brazos de sus hijos, les dislocan sin reparo el cerebro, y luego exclaman en el circo: ¡Pobres niños!

Visión de lo antiguo.

Suma de la hermosura, de la gloria y del poder humanos; Elagabal, el hijo del sol y como el sol resplandeciente sobre el mundo; vestido de cielo, astros de oro y pedrería bordados en túnica y manto; desde el palco imperial, entre beldades, efebos y colosos, acariciado y defendido, envuelto en humareda azulada de perfumes, sonríe entre sorbo y sorbo de chipre helado, á verdes y azules, rojos y dorados, guiadores de las cuádrigas; como entre nubes, aéreos, brilladores, entra la polvareda de la arena teñida de oro

y minio, renovando las carreras de los héroes homéricos en los funerales de Patroclo.

Intermedio cómico.

¡*Clowns!* ¡*Voilà!*... Y lo cómico eterno en la mayor y primitiva sencillez aparece. ¡Bofetadas, golpes, engaños... un pillo y un simple, un burlador y un burlado!... Toda la epopeya de la risa humana, desde Aristófanes hasta *Courteline*. El hombre civilizado ríe de las desdichas ajenas; ríe, y al reir enseña los dientes por atavismo; devora en espíritu á sus semejantes, como el antropófago los devora materialmente.

Final.

Y aquí termina el poema del circo. Ni tan bueno que cierre las puertas de la Academia, ni tan malo que pueda ser premiado en unos juegos florales.

Ni el autor ni el poema aspiran á dejar de sí otra memoria que la de cualquier clown, acróbata ó funámbulo, fugaz pero risueño; no la gloria de algún inmortal estadista de quien los funerales sean sangrientos como los de Alejandro.

¡Ya murió el caballito de palo...
y ya le olvidaron así que murió!

Así canta la dulce Ofelia... Y los pobres artistas del circo, juguetes de un día, el frágil mecanismo del cuerpo, alma de toda su arte, no pueden soñar mejor epitafio...

¡Ya murió el caballito de palo...
y ya le olvidaron así que murió!

LEYES SUNTUARIAS

LEYES SUNTUARIAS

El Cardenal Gobernador de Roma había cumplido los ochenta años. Eran, pues, inútiles todos los recursos de las damas romanas para derogar las últimas inexorables ordenanzas poniendo coto al lujo bajo penas severas. Del Pontífice tampoco podían esperar favor, porque solo se preocupaba, anciano también y achacoso, de ganarse á punto de autoridad unas páginas en el año cristiano. Del resto de los Cardenales que componían el Sacro Colegio podían contar con muy pocos; los más jóvenes y de aristocrático linaje se inhibían remilgadamente de entender en asuntos femeniles. Las libreas

de sus pajes, lindos Ganimedes, eran costosas y de refinado gusto; pero respecto á las damas ¿qué entendían ellas? En los salones de Roma todo era conspiraciones femeniles. La vida se hacía insoportable para las damas en la Corte pontificia. Los maridos mismos, aunque no se veían obligados á pagar trajes ni joyas, protestaban al fin; porque las esposas, aburridas por la impuesta sencillez de su atavío, buscaban distracciones menos honestas, y la que no podía ostentar dos trajes en un día, ostentaba tres amantes, único lujo que no podían atajar las ordenanzas reverendísimas del Cardenal Gobernador.

La Condesa Cesarina de Rinaldi fué amenazada de destierro por dirigir una conspiración, decidida nada menos que á secuestrar á los Cardenales más recalcitrantes, y para conseguirlo tenían ya comprados (¡pobre Condesa, que fatigada apareció por aquellos días!) á todos los oficiales de la guardia pontificia.

Pero el Cardenal Gobernador era hombre duro (así decían las damas romanas que á su edad toda la dureza se le había fijado en el corazón), y no cejaba en la persecución del lujo.

Hasta de las ropas interiores se informaba, y una policía especial examinaba diariamente la ropa que las lavanderas lavaban en el Tiber, con orden de apoderarse y de destruir toda prenda de tela demasiado fina, de escote demasiado abierto ó guarnición de encajes ó bordados.

En un día despojaron á las lavanderas los encargados de tan minuciosa pesquisa de unas doscientas camisas que hallaron en escandalosa contravención.

La Condesa Rinaldi estuvo á punto de proclamar una nueva República romana aquel día como nueva Rienci. Semejante situación no podía continuar. Había que atreverse á todo y dar una batalla decisiva con las escasas fuerzas que podían aprovechar.

El Cardenal Borghese, hombre de unos cincuenta años, pero con energías para votar en cinco Cónclaves, porque nadie le había conocido más que una sola sobrina, era de los pocos partidarios de las damas y el único que se atrevía á combatir al Gobernador. La Condesa se decidió á tener una entrevista particular con él. El Cardenal la recibió muy complacido; era hombre modesto y no aspiraba á tener un día señalado en el Calendario. La Condesa le mostró con la más viva elocuencia la ridícula tiranía de que eran víctimas. ¡Llegar al punto de quitarles la ropa blanca! Había dama que no había podido mudarse de camisa en toda la semana... ¿Era posible? El Cardenal no pudo creerlo.

—¡Oh, sí, cierto, cierto, Eminencia!—repetía la Condesa, apoyando su afirmación con calurosos argumentos.

Al día siguiente por todos los salones de Roma corrió la noticia de que, si bien el Cardenal Gobernador, por no contradecirse de

modo tan violento, no derogaba las últimas ordenanzas, había dictado órdenes particulares para que se hiciera la vista gorda en cuanto al lujo de las damas se refería... Todas felicitaban á la Condesa Rinaldi, y las más íntimas amigas suyas pasaban á su tocador y reían á carcajadas al ver allí una camisa de cáñamo, sucia, sucia como de un carbonero, pero que todas consideraban como prenda de redención.

¡Pobre Condesa, siempre dispuesta á sacrificarse por el bien general!

LA VENGANZA DEL COMPADRE

LA VENGANZA DEL COMPADRE

—Lo dicho, y basta y sobra para el que me haya querido entender. Lo que hay es que algunos tienen la lengua muy larga y tendré yo que decirles dos palabritas á la oreja, á ver si así tienen de qué hablar para toda la vida, si es que les queda probabilidad.

—Como estas son cruces, que me caiga redondo aquí mismo si yo delante de Miguel dije ayer nada que fuera con segunda, ni con el aquel de maliciarle. Y eso no es sino que el mismísimo chivato que le fué á él con el cuento, te fué á ti luego con el paripé de que los demás hablamos ó dejamos de hablar, y á ese quisiera yo cogerle aquí ahora

para que se viera quién es hombre de verdad y de procedencia.

—No lo dije por ti. Lo dije por alguno que puede que le importe. Si no está presente, como hay muchos que me están oyendo, no faltará quien le entere. Digo yo, porque nunca falta.

—Mira, Joseliyo, no quisiera yo que te quedaras con esa espina y el escozor de que alguno de los presentes, máxime si toda la serenata ha sido para mi ventana, le haya ido á zumbar la mosca en la oreja á tu compadre. El que más y el que menos sabemos...

—¿Qué vas á decir?

—Nada, que viene tu compadre, y aquí no se habla más del asunto. Otra ronda, señor Ventura.

A muy buen tiempo quedó cortada la escena, que si por el lugar de la acción y el carácter y estilo de los interlocutores apenas era digna del humilde zueco, más de una vez estuvo á punto de levantarse con desen-

lace sangriento sobre el coturno trágico.

Era lugar mayor de la escena un pueblecillo de las serranías de Córboba, y menor y particular del interrumpido diálogo un ventorrillo situado á la entrada del pueblo.

Los personajes eran varios, y al comenzar la escena, todos por igual interesados en ella, animaban el diálogo con vivas réplicas; pero como vieron el sesgo del asunto, y como soplaban vientos de pendencia, poco á poco fueron apartándose, y en parejas ó en grupo salieron los más prudentes y sentáronse lejos los más curiosos. De prudente, no de curioso, que bien quisiera él no entender en nada, solo permaneció sin moverse, blanco, impasible de las indirectas y provocaciones del retador, un bien plantado sujeto, en el color y en el aspecto agitanado, y en lo socarrón y escurridizo gitano entero. Quien con él se encaraba era un mocetón bien portado en el traje y respirando despejo y valentía de toda su persona. Decidido parecía á no dejar

la cuestión en el punto indicado, cuando al avisarle de que llegaba su compadre, con sacudimiento repentino mudó actitud y cara como si tales cosas no hubiera dicho.

El anunciado entró derecho á saludar á los de la disputa y tomó asiento á la misma mesa.

Aparentaba más edad á primera vista de la que, mejor considerado luego, había de suponérsele. El color cetrino, algún manchón de canas que resaltaban doblemente sobre el pelo negrísimo, y más que nada, quebranto y dejadez en cuerpo y semblante, le presentaban con apariencias de vejez.

Bebió poco y habló menos, mal hallado entre tantos que le miraban fijos, con la sorpresa de que solo su entrada hubiera cortado tan de repente la disputa. Bien sabían todos que Miguel y Joseliyo, amigos de toda la vida, y compadres para mayor solidez de su amistad, no podían tener secretos el uno para el otro, y si de aquello lo hacía Joseli-

yo y cambiaba de conversación al llegar el compadre, esforzándose por reir y bromear con el azorado gitano, era... por lo que todos sabían, menos Miguel, aunque, según el gesto de vinagre con que se entraba como á cosa hecha, sin ganas de charlar ni de beber, algún barrunto debía de traerle desazonado.

—¿Vienes conmigo?—preguntó á Joseliyo, como quien invita y espera á que le acompañen.

Púsose el otro en pie dispuesto á seguirle, y pagado el gasto, juntos salieron, dejando á más de uno en la reunión con hormigueo de echar detrás y volver después al ventorro, relacionero ufanoso de noticias frescas. Conténtáronse con rodear al gitano para que les enterase mejor de cuanto habían oído á medias; pero el amigo, bien escarmentado, apuró más que de prisa las lagrimillas y escurriduras del vaso en que había bebido hieles durante la pasada crujía, y con muy buen aire tomó soleta, sin atender razones, y como

iba saliendo les increpaba con desahogo:

—El que quiera saber que le pregunte á las ánimas á media noche y no me traiga á mí en sus cuentos, y mal *guindao* me vea yo un día claro si vuelvo á decir aquí ni la hora que es, ni el tiempo que hace, que por darle gusto á la *muy* sois ustedes capaces de traer la perdición de un hombre de bien.

Y echó calle abajo, desahogado el respiro, como quien deja caer un peso muy angustioso.

Mientras, por las afueras ya del pueblo, iban los dos compadres mano á mano hacia el cortijo donde tenía Miguel casa y hacienda.

—¡Ay, Joseliyo, si no tuviera uno con quién desahogar el pecho! Viudo estás y eres joven y volverás á casarte; porque aunque aquella hija tuya es un consuelo y una compañía muy grande, ya ves, hasta que sea moza y te pueda valer de algo, ¿quién cuida tu casa y quién la cuida á ella?

Que tú andas siempre de un lado á otro para ganarte la vida y tienes que dejársela encomendada á cualquiera, y ni á la chica ni á ti os conviene. De modo que lo mejor que puedes hacer es volver á casarte; pero mira que te lo digo, y es el Evangelio, no te cases como yo, sin mirar otra cosa que la presencia y la cara de la mujer; mira que la cara, luego que la tienes en casa siempre delante, te hartas de mirarla, y ya te parece como el sol, que de verlo todos los días no reparas en él sino cuando te cae de plano y te quema la sangre, y tienes que desviarte á la sombra para quitarte el sofocón. Pues lo mismito le pasa al marido de la mujer guapa. Y no es lo peor, sino que todo el mundo tiene que mirarla y hablar de ella; que bien dicen... lo bueno, el primer día para su dueño, y lo demás del año, para el extraño. Ya ves lo que se habló ayer en casa de Ventura.

—Hablar por hablar; ya les dije yo lo que era menester.

—¿Tú?

Se turbó Joseliyo al notar la extrañeza del compadre, pero acudió pronto al reparo de su ligereza.

—Yo, sí; de ti nadie tiene que decir nada delante de mí, porque si por alguien me busco yo la ruina es por ti, bien lo sabes.

Le temblaba la voz al expresarse con tan vehemente afecto. Miguel, por única repuesta, le echó un brazo por encima del hombro, sobre el cuello, y al sentir la presión cariñosa, Joseliyo dobló la cabeza, como si el brazo del compadre le rindiera con peso abrumador.

Pensativos subían los dos compadres el altozano por donde iba la senda derechera del cortijo. De improviso se adelantó Miguel unos pasos, y con un brazo extendido señaló la puerta de su casa.

—¿Lo ves? Ya está aquélla de palique con un hombre. No le conozco desde aquí, ni quiero conocerlo. No me importa; si ella no

les diese conversación...; así luego tienen todos que hablar. ¿No han de tener? Si esa mujer ha de ser la ruina de mi casa.

No le replicó Joseliyo, cada vez más enfrascado consigo mismo, y en esto ya se acercaban al cortijo á tiempo que se despedía el que hablaba con la mujer de Miguel. Al verle de cerca y conocido, paráronse los tres en saludos, mientras la mujer esperaba delante de la puerta, bajo el emparrado.

Era ciertamente la mujer de Miguel, María Pepa, para traerle en cuidado; porque podíase asegurar que donde se presentara había de llevarse los ojos de todos. No era perfecta su hermosura, pero era un gracioso compuesto de imperfecciones. Alta, escurrida de talle y caderas, de encarnadura apretada, sin blandos contornos el cuerpo; su cara era toda mohín picaresco de esfinge burlona, que propusiese graciosa adivinanza con besos por premio y burlas por castigo. La expresión de la boca contradecía enigmática la

de los ojos. Cuando la una prometía risueña, los otros negaban severos; y cuando la boca se cerraba á la risa para imponer respeto, la risa juguetona asomaba á los ojos brillantes, burlona como chicuelo travieso que trepa perseguido y desde arriba se ríe á mansalva de su perseguidor. Había que ascender á la frente para hallar expresión de quietud en aquella fisonomía movida en continuo oleaje de sensaciones pasajeras. Solo en la frente parecía aquietarse el espíritu de María Pepa en un pensamiento grave; quizá el secreto enigma de la esfinge burlona. Daba serenidad mayor á la frente el pelo negro, de lustrosa lisura, que sombreaba el rostro aterciopelado, cual maduro pomo, recogido á los lados como las alas corvinas de una paloma negra que durmiese posada sobre la frente serena de María Pepa. Por gala y compostura traía de ordinario espolvoreado el pelo de una sutil nubecilla de polvos, que sobre la negrura brillante hacía visos azulados como de uva

negra ó jugosa pasa malagueña, y por remate del peinado un manojillo de flores prendido al desgaire como brote del campo.

Antes de que hablara comprendió María Pepa de qué temple venía su marido, y con risa de boca y de ojos le cogió de las manos y le dijo:

—¡Vaya una cara! ¿No tienes otra para cuando vuelves á casa? Pues hijo, aquí no se ha muerto nadie para traer esa cara de entierro, que yo estoy bien viva y bien alegre.

—¿Qué te decía Quico? Buen rato llevábais de charla.

—¡Ay, Jesús! ¿Es eso? Yo creí que no te entraba más que con la luna.

—María Pepa, no lo eches á broma, mira que estoy muy harto.

—Pues métete los dedos en la boca y desocupa, que toda esa hartura es nada más que asiento. Como te tragas todo lo que te dicen...

—Mujer, no me hagas hablar...

—Vaya, compadre—interumpió Joseliyo mediando entre marido y mujer—; María Pepa tiene razón; á ti te han querido meter en cuidado cuatro fulastres de mala entraña, que si á mano viene serán los primeros que hayan venido á tentar el vado; y como se habrán vuelto como vinieron, andan desazonados y sin saber por dónde mover infierno. Si haces caso de lo que dicen estás perdido. Hazte cuenta que si fuera verdad no habría un amigo de corazón para venir á decírtelo. No hay que quitarse el sueño por eso, que da miedo verte la cara estos días.

—Si atendieras al que es tu amigo y tu compadre y no hicieras caso de lo que te dicen cuatro borrachos en la taberna... Ya sabes que todos me tienen envidia y malquerer porque es una mujer de su casa y sabe arreglarse con lo que tiene, con muchísimo trabajo que me cuesta, solo que cuatro puercas holgazanas creen que para ir una de limpio se lo tiene que regalar á una el obispo: mi

marido que me lo gana con mucha honra, y yo que lo apaño con mucha decencia; eso y nada más que eso.

—Por lo mismo que dicen y que todos reparan en ti, tienes que andar con más cuidado y no dar que hablar. Te ven de charla con unos y con otros, de broma siempre... ¿que es tu genio? También yo tengo el mío. Yo no hago caso de lo que dicen; pero cuando veo, sé lo que veo, y sé lo que me toca hacer.

María Pepa, que se disponía á seguir chanceándose de su marido, comprendió, por el tono de las últimas palabras, que no era ocasión de burlas, y que algo más que habladurías le traía preocupado. Los tres quedaron silenciosos, sin mirarse. Miguel fué el primero que habló:

—¿No entras á tomar una copa, compadre?

Entraron en la casa, y la conversación tomó giro diverso. Trataron de sus haciendas y

negocios. Miguel del arriendo del cortijo, que vencía aquel año, y dudaba si le convendría renovar, porque el propietario le exigía mayor renta. Joseliyo, corredor de caballos y mulas en ferias y mercados, y renombrado desbravador de potros, de sus ventas y cambalaches, que al cabo del año le dejaban un regular provecho. María Pepa entraba y salía sin atender á lo que hablaban los hombres. Largo rato se llevaron los dos compadres departiendo muy gustosos, y como media tarde era pasada, y la fuerza del calor decaía, se dispusieron á volver al pueblo, donde los dos tenían atenciones. Las de Miguel tan importantes, que advirtió á su mujer no le esperase á cenar porque no volvería hasta muy entrada la noche.

No lo extrañó María Pepa, suponiendo que cenaría con Joseliyo, como otras muchas noches cuando éste paraba algunos días en el pueblo; así es que á Joseliyo miró para cerciorarse de que había supuesto bien. Sor-

prendió Miguel la mirada y se apresuró á contestar:

—No ceno con éste, ceno con D. Martín el administrador. Tengo asuntos con él que me interesan y no quiero dejarle de la mano. Volveré tarde; te acuestas y no estés con cuidado.

Esta vez la mirada de María Pepa se clavó en su marido como si quisiera leerle muy hondo en el pensamiento. Nada de qué recelar advirtió en su expresión, y al desviar la mirada con furtivo destello se cruzó con la de Joseliyo, rápidas las dos, pero clarísimas y prontas á entenderse como un sí ó un no.

Poco después se hallaban en la misma habitación y los dos solos, María Pepa y Joseliyo. El hombre lloraba abatidísimo. María Pepa, cerca, de pie, dominándole, le pasaba una mano por la cabeza; pero no con la suave caricia con que al alisar la cabellera parece como si quisiera aquietar y adormecer el pensamiento. Sus caricias eran nervio-

sas, duras. Cada pase de la mano levantaba encrespados los cabellos que, atenazados en mechones entre los dedos de María Pepa, presentaban la cabeza como suspendida de ellos, separada del tronco, y á María Pepa como sanguinaria decapitadora.

—No puede ser, María Pepa; me iré del pueblo, gemía el hombre—; no volveré á verte en mi vida; cualquier cosa antes de que Miguel lo sepa.

—Pero ¿qué ha de saber? ¡Ay qué hombres! ¡Que estuviera yo así, pero tú!...

—Es que yo no sé qué alma tienes. Es que tú no me quieres creer. Piensas que me he cansado de ti, que busco un pretexto para dejarte, y por eso te digo que Miguel sospecha de nosotros; créelo ó no lo creas, Miguel no es el mismo conmigo; con mirarle sé yo lo que piensa, y desde que ha vuelto, vamos, cada vez que me mira, quisiera caerme muerto allí mismo, y que me tragara la tierra.

—Pero ¿le han hablado de ti por si acaso? Él anda celoso como siempre; ¿pero de ti? Para que veas, anoche mismo, que vino muy soliviantado con los cuentos de casa de Ventura, y se encerró conmigo como loco á voces y á golpes...

—¿Te pegó?

—¿A mí? Con los trastos y las paredes. No ha nacido el hombre que ponga la mano encima á la hija de mi madre. Pues estaba él así de esta conformidad, como te digo, que si yo era una tal, y que si él no hacía cuál papel ó cuál otro; que si yo tenía un querido, y él sabía quién era...

—¿Y tú?

—Yo muy serena le dije: Vamos á ver, ¿quién es ese hombre?, que quiero conocerle.

—¡Ay, María Pepa, qué alma!

—Verás. Él seguía gritando que sabía muy bien quién era, y que había de amanecer cosido á puñaladas debajo de mis venta-

nas, para que yo lo viese; y yo, atiende esto, Joseliyo: Pues vaya, le dije; por si no te han enterado bien, te lo voy á decir, que quiero ver esa tragedia de muertes desde mi ventana, que eso valemos las reales mozas.

—¿Y qué nombre le dijiste?

—El tuyo.

—¡María Pepa!

—¿Lo ves como no tienes corazón? ¿Sabes lo que dijo? ¿Ese? Aunque lo viera no lo creería.

—¿Eso te dijo? ¿Que no lo creería? Es verdad, así, así debía ser. ¡Válgame Dios, que todos los hombres han de tener una hora mala!

—Pues por mí no has de tenerla, que yo no ato á nadie. No vuelvas á verme. Te metes á ermitaño, y te estás rezando toda tu vida para que Dios te perdone.

—¡Rezar yo! Si á mí no me perdona Dios.

—Si es tan bueno á todos nos perdonará;

y pecado más, pecado menos, yo no tengo más que el de quererte, y lo que es gloria sin ti no la quiero. Conque donde tú vayas iremos los dos. Para eso le rezo yo á mi Virgen del Carmen todos los días; para eso y para que nos quite de angustias y pueda yo tenerte así siempre, siempre.

Y atrayéndole junto á su boca le besaba con ansia.

Embotado el sentido en la intensa sensación de sus caricias, ni vieron ni oyeron á Miguel llegar hasta ellos. Rugiente como fiera, á zarpazos y á golpes los separó iracundo, terrible. Joseliyo quedó de pie anonadado. María Pepa cayó al suelo, y fué arrastrándose incorporada hacia su amante, implorándole con espantados ojos amparo y defensa. Pero Joseliyo no daba señales de apercibirse á la lucha; esperaba el castigo inmóvil, clavada la vista en el suelo que le faltaba bajo las plantas, como cortado ante ellas en vertiente de despeñadero.

Miguel apretaba en la mano derecha una pistolilla, pero no amenazaba con ella. Suspenso estuvo un rato, dando lugar á María Pepa de recobrarse y hacerse cargo de la difícil situación. Por fin, como quien piensa mucho lo que dice, con espantosa serenidad se fué hacia su compadre, y encarándose enérgico con él:

—Compadre—dijo—yo sé hacerme cargo de las cosas, y estoy al cabo de todo, y no es cosa que por una mala hembra se pierdan dos hombres. Ni tú ni yo tenemos la culpa, que yo sé lo que son hombres y lo que son mujeres, y cuando ellas no dan pie, no hay hombre que se atreva á la mujer de un amigo. Pero, compadre, cuando uno se divierte con una mujer hay que pagarlo; que he dejado de ser marido de esta mujer, y aquí estoy para cobrarla los intereses.

Joseliyo no se daba cuenta de lo que oía. Miguel se había vuelto loco. Impulso sintió de abrazarse á él llorando, compadecido de

su desdicha, pidiéndole que le matara por haberle traído á ella; pero el aplomo de Miguel le confundía.

—A pagar, compadre,—le repitió apuntándole esta vez con la pistola,—ó de aquí no se sale.

Joseliyo sintió sofoco de ira. ¿Era posible aquello? Y decidido á todo, como quien devuelve un insulto, como quien abofetea, arrojó un bolso á los pies de Miguel; por el suelo se desparramaron las monedas.

—¿Es eso lo que quieres?

—Qué te has creído? Para una mala mujer como ésta hay bastante con esto. Y recogió á sus pies una moneda de dos pesetas. Ahora guarda lo demás, y vete con Dios, compadre, y le cogió una mano y salió á despedirle.

Joseliyo no se resistió, seguro de que Miguel se había vuelto loco.

—Ahora tú, que también tenemos nuestra cuenta.

María Pepa tembló; pero antes de que pudiera prevenirlo ni defenderse, la enlazó Miguel por el cuerpo, la derribó á tierra, y poniéndole una rodilla en el pecho, impidiéndola todo movimiento, sacó una navaja y de un tajo limpio, seguro, la recortó el labio superior, que arrojó contra el suelo como una piltrafa salpicando la pared de sangre.

—Para que te rías sin ganas toda tu vida.

Y salió de la habitación dejando á María Pepa sin sentido, bañada en sangre.

Había pasado mucho tiempo, y todavía al sentarse á comer y á cenar uno frente á otro, Miguel sacaba del bolsillo la moneda, y sin decir palabra la ponía delante del plato de su mujer. María Pepa, desfigurado el rostro con horrible mueca de risa, como si asomara su calavera burlona bajo la carne viva, estremecíase de pies á cabeza; no al mirar, que no alzaba los ojos del plato por no verla, al golpe solo de la moneda sobre

la mesa, y en cada bocado de sus tristes comidas parecía como si la moneda, con sabor amarguísimo, se le atravesara en la garganta.

HIJA DEL ALMA

HIJA DEL ALMA

PERSONAJES: D. PABLO, CRUZ, VICENTA

En un pueblo de la costa cantábrica.—En la sala de una quinta á orillas del mar. Es de noche y en invierno; óyese cerca el mar embravecido.

VICENTA

¡Jesús! ¡Señor! Está usted aquí á obscuras. ¿Porqué no ha pedido usted luz?

D. PABLO

¿Para qué?

VICENTA

¡Ay, qué señor! Usted perdone, pero no puedo menos de decirle mi sentimiento. Usted no está bueno, señor; usted se está

matando con tanto cavilar y darle vueltas á lo mismo, y si no hace usted por distraerse y por olvidar... ¿porqué se ha quedado usted aquí, señor? Si esto en cuanto pasa el verano no es otra cosa que lo que usted ve; el cielo cerrado, lloviendo á mares y sin un alma viviente el pueblo; los pobres pescadores, que harto trabajo tienen con los que Dios les manda en este tiempo... Vaya, señor, créame usted á mí; vuélvase usted á Madrid, con la señorita, que no vive ni sosiega desde que la dejó usted allá, sola... ¡Pobre señorita! ¿No comprende usted que para ella tiene que ser muy triste saber que está usted aquí tan solo?... Dios le ha mandado á usted mucho; se llevó á la señora, que esté en gloria, y usted se quedó loco de pena, pero le dejó á usted una hija para consolarle y para que vele usted por ella; porque si usted le falta... ¿qué sería de su pobre hija, sin padre y sin madre?... ¡Vuelva á Madrid, señor!...

D. PABLO

¿A Madrid? ¡No, aquí estoy bien... aquí, solo!...

VICENTA

¿Solo? Vaya, señor, que eso no es posible, que nadie que le quiera á usted bien puede consentirlo. Sépalo usted, la señorita me ha escrito dos ó tres veces desde que se marchó; me pregunta por usted, es natural, dice que usted no le contesta á sus cartas, que si no vuelve usted á Madrid vendrá ella á buscarle á usted, á llevársele ó á morirse de pena aquí; pero los dos juntos, como debe ser, señor, y es lo que yo digo.

D. PABLO

¡Venir ella!... No, no; quiero estar solo... Trae la luz á mi cuarto... *(Sale).*

VICENTA

¡Válgame Dios, hasta el terrazo llegan las olas!... *(Sale.)*

CRUZ

(Entra Cruz, á poco vuelve Vicenta.) ¡Vicenta!...

VICENTA

¡Jesús, la señorita! ¡Señorita Cruz!... ¡Hija de mi vida!...

CRUZ

¿Y mi padre? ¿Está bueno? ¿Cómo está? Dime.

VICENTA

¡Válgame Dios! ¿Cómo ha venido usted? ¡Pobre hija!... Si es lo que yo decía, que usted no podía estar tranquila en Madrid; ha hecho usted bien en venir... Pero, ¿con quién ha venido usted? No se habrá usted puesto sola en camino... Vendrá usted arrecida con este tiempo... ¡Pobre hija! Querrá usted tomar algo; voy á encender lumbre.

CRUZ

Y mi padre, dime, ¿está acostado? ¿Está enfermo?

VICENTA

¿Enfermo? No, señorita. ¿Usted cree que si yo le hubiera visto enfermo no hubiera avisado? Triste, muy triste es lo que está, que parte el corazón verle... ¡Siempre solo, solo; que los días se le pasan sin salir de su cuarto, sin hablar con nadie!... Ahora lo que debe usted hacer es llevársele á Madrid en seguida, porque aquí... ya ve usted, todo es tristeza y todo son recuerdos... ¡Los veranos que han pasado ustedes aquí tan contentos!... ¡El sin fin de gente que aquí venía!... ¡Cómo ha de ser!... ¡Esta es la vida!... ¡Dios dará fuerzas para todo!...

CRUZ

¿Se ha recogido ya mi padre?

VICENTA

Todavía no; se encerró en su cuarto y allí se está leyendo; es decir, con un libro delante, que leer... nunca que entro veo que

mire al libro; con los ojos fijos se está como si mirara algo en el aire.

CRUZ

¡Ay, Vicenta! Quiero verle y me da miedo... ¿Lo ves? Estoy temblando; no es de frío, no, es de miedo.

VICENTA

Es que está esto medroso con esta luz... Voy por una lámpara y encenderé la chimenea.

CRUZ

Sí; pero antes atiende á Doña Teresa.

VICENTA

¿Ha venido con usted? ¿Las dos solas?

CRUZ

Sí; abajo está, dormirá en mi cuarto. La pobre señora viene muy cansada. Arregla la

habitación y pregúntale si quiere tomar algo antes de acostarse.

VICENTA

En seguida... Pero... ¿No quiere usted que avise al señor, que le prepare?

CRUZ

No sé si tendré valor para verle esta noche.

VICENTA

¡Vaya, señorita! Si no se hace usted superior... Su papá de usted lo que necesita es olvidar, distraerse, volver á Madrid. Mire usted, yo no digo que no se muriera uno de pena si uno se dejara morir, pero para eso está la conformidad y el decirse uno: pues, señor, si todos tenemos que pasar por lo mismo, más tarde ó más temprano, ¿qué adelanta uno con morirse hoy si sabe que mañana ha de ser lo mismo? ¿No es verdad? Es lo que yo digo...

CRUZ

¡Calla!... ¿Han abierto una puerta? ¿Quién hay en la casa?

VICENTA

Es el señor... Viene... Nos habrá oído hablar. Voy á prepararle.

CRUZ

No, no; haz lo que te dije. Déjanos solos.

VICENTA

¡Por Dios, señorita, no le angustie usted más! Dele usted valor.

CRUZ

¡Valor!... De su corazón lo espero todo... ¡Pero si su corazón me falta!... *(Sale Vicenta.)*

D. PABLO

(Entra D. Pablo.) ¡Vicenta!... ¡Vicenta!... ¿Quién habla? ¿Quién está ahí?

CRUZ

¡Madre mía!...

D. PABLO

¡Ah!... ¡Cruz!...

CRUZ

¡Padre!...

D. PABLO

¡Déjame!... ¿Porqué has venido? ¡Qué terquedad!... Dije que quiero estar solo, solo. No quiero ver á nadie, á nadie.

CRUZ

¡Dios mío!... ¿Porqué me tratas así? Mírame siquiera.

D. PABLO

Si tú no sabes lo que es para mí el mirarte.

CRUZ

Pues, óyeme... Ten lástima de mí; yo no tengo la culpa.

D. PABLO

¡La culpa!... ¿Culpa de qué?...

CRUZ

Culpa que no fué mía y por ella me aborreces.

D. PABLO

¿Qué dices?... No es verdad... Tu no sabes... no puedes saber...

CRUZ

Sí; lo que tu supiste cuando murió mi madre, lo que yo sabía desde mucho antes. ¡Ya ves si habré sufrido!

D. PABLO

¿Que tú sabías?... ¡Es horrible!... ¡Calla!... ¡Calla!... ¡No!... Dímelo todo, la verdad; ya... ¿qué importa?

CRUZ

Fué mi secreto. ¡Mejor guardado en mi corazón de niña muchos años, que un solo

día en el tuyo!... Apenas murió mi madre me apartaste con horror de tu lado; comprendí que mi madre á la hora de la muerte, atormentada por el remordimiento, te había confesado la verdad ó que tú la habías descubierto. Mi madre murió casi de repente. ¡Tal vez guardaba cartas, alguna prueba que no pudo destruir antes de morir!...

D. PABLO

¡No; fué ella misma! No sé si delirante ó arrepentida, si inspirada de Dios ó del infierno, á la hora de la muerte confesó la verdad... ¡primera verdad que me dijeron sus labios, y maldigo á la muerte que no los cerró antes de que la pronunciara!... Pero, tú... ¿Cuándo?... ¿Cómo?... Fué piadosa contigo, no quiso que yo te robara un cariño que no me pertenecía; te enseñó á querer con verdadero cariño de hija á tu padre verdadero... ¿No es eso?... Y yo, engañado, vendido entre mentiras de cariño, que eran

toda la ilusión de mi vida... ¡Y vuelves á mí!... ¿Qué quieres?... ¿Qué buscas?... Mi corazón no sabe mentir como el vuestro; sé que no eres mi hija; eres la traición viva de cuanto adoré en este mundo; te odio, ya lo sabes, lejos de mí, lejos...

CRUZ

No me hables así; por cuanto me quisiste, por cuanto he sido para ti. ¡No!... Tu corazón no puede acostumbrarse á odiarme tan pronto, no; aunque tú lo digas, aunque tú lo quieras. Antes que tú supe la verdad, y la verdad de que no eras mi padre no pudo destruir la verdad de mi cariño para ti. ¡Era una verdad más grande que todas las verdades! Créelo, padre mío, único nombre que sabe darte mi corazón. Óyeme; si la verdad fué horrible para ti, más lo fué para mí... ¡Empezar á vivir dudando de mi madre!... ¿Dudar?... ¡No creer, Dios mío!... ¡No creer en mi madre!... Era yo

muy niña, pasábamos aquí el verano los tres juntos, los tres y mucha gente que venía á visitarnos, á pasar unos días con nosotros. Aquel año tuviste que ir á Madrid unos días y nos dejaste solas aquí, ¿te acuerdas?...

D. PABLO

Sí, si me acuerdo.

CRUZ

Como de costumbre, venía á casa, como siempre, gente de Madrid ó gente que veraneaba en los alrededores... Miraba yo entre todos con antipatía, con repulsión...

D. PABLO

¿A?...

CRUZ

A un hombre que nos acompañaba á todas partes. Mi madre le recibía con agrado, y yo no podía soportar su presencia; cuando venía á visitarnos no había quien me sepa-

rase de mi madre; la importunaba, la incomodaba con preguntas, con enfados, con caricias; á toda costa quería que fijase en mí su atención, que no hablase con aquel hombre, celillos de niña mimosa, pero tormento insoportable para mí. Un día, era la hora de la siesta, descansaban todos recogidos en sus habitaciones; á mí me habían dejado sola en el jardín y jugaba en el cenador con mis cacharros y mis muñecas... Sentí pasos, miré... ¡y era él, el hombre antipático que se entraba por la puertecilla del huerto!... Nunca había venido á aquellas horas, ni era costumbre que nadie entrara por aquella puerta; mamá estaba sola; yo no sé lo que sentí, pero eché detrás de él, abrazada á mi muñeca, abrazada muy fuerte, como si presintiera que necesitaba estrechar algo contra mi corazón para defenderle del golpe que le amenazaba. Llegué al gabinete, empujé la puerta, y con espanto ví que aquel hombre abrazaba á mi madre, hablaban de un viaje,

se despedían, y mi madre le decía al despedirse: «¡Que no me olvides, que no me olvides!» Y los dos lloraban...

D. PABLO

¿Y aquel hombre?...

CRUZ

Me vió él primero que mi madre; me cogió entre sus brazos, yo me revolví rabiosa para escaparme, me sujetó con más fuerza, quiso besarme y entonces yo, roja de cólera, con lágrimas de furor, pateándole en el pecho, rugí como una fierecilla: «Suélteme usted, se lo diré á mi padre, le diré que es usted muy malo....»

D. PABLO

¡Qué horrible!...

CRUZ

Me soltó al oirme, y él y mi madre que-

daron mirándose... Me dió miedo y rompí á llorar... Y estuve muy triste días y días...

D. PABLO

¿Y tu madre, entonces?...

CRUZ

No se separaba de mí, y de continuo me preguntaba para inquirir por mis palabras mis sospechas. Pero, ¿qué sospechas podía haber en mí? Un arranque instintivo del corazón, no había sido otro mi sentimiento... Y á medida que pasaban los días el recuerdo de la escena se borraba, se confundía y solo quedaba distinto y triste el recuerdo de mi muñeca, la muñeca que estrechaba en mis brazos y que había dejado caer al suelo al defenderme de las caricias de aquel hombre, y al caer se había hecho pedazos, y todavía me parece verla... destrozada, como mi corazón, desde aquel día.

D. PABLO

¿Y no volviste á ver á aquel hombre?

CRUZ

Mucho después, en Madrid. Pero entonces no era ya una niña, y decidida á todo hablé con mi madre.

D. PABLO

¿Te atreviste?

CRUZ

¿Porqué no? Con la conciencia de mi deber. Yo no podía juzgar á mi madre, debía quererla siempre; pero quise salvarla por mi cariño, por el tuyo...

D. PABLO

Pero tu cariño y su pasión eran uno solo en tu vida, su vida entera...

CRUZ

Así lo oí con espanto, y que aquel hom-

bre odioso, aborrecible, era sagrado para mí; que le debía amor y respeto.

D. PABLO

Y vida y nombre... todo, ¡bien dijo!... Ya lo oiste, pues con él, con tu padre...

CRUZ

¡No!...

D. PABLO

¡Cruz!...

CRUZ

¡No, no!... Lo mismo que respondí á mi madre. Mi padre eres tú, tú que me diste cariño de padre, y con él me diste más de tu vida que quien me dió solo la vida; para ti fueron cuidados y desvelos por mi vida, un deber cumplido con gozo; viviste para mí y viví, á pesar suyo: para ti todo mi cariño, que si otro fué el padre de mi vida, tú eres el padre de mi alma... ¡Padre mío!...

D. PABLO

¡Cruz!... ¡Hija mía!... ¡De mi alma, sí!...

CRUZ

En tus brazos; sostenme en ellos como me tuviste tantas veces de niña; entre tus brazos volveré á serlo, volveré á nacer de ti solo... ¡Niña otra vez, niña de tu alma!...

D. PABLO

Niña, no... Mujer y mujer fuerte te quiero. Para ti todo mi cariño, pero has de probarme el tuyo, quiero saber...

CRUZ

¡Saber!... ¿Qué?

D. PABLO

Tu madre murió negándose á revelar un nombre. Después... no pude descubrirlo; ni una carta, ni un recuerdo, ni rastro... ¡Sabe Dios que creí volverme loco por saberlo!

Aquel hombre quizá era alguno de mis amigos, tal vez alguno de los que acudían á compartir mi pena en aquellos días, ¡el más querido, acaso!... En mi delirio llegué á increparles á todos, esperando así que se vendiera el culpable creyéndose descubierto...

CRUZ

No era ninguno de tus amigos; no estaba allí cuando murió mi madre...

D. PABLO

Pero, ¿le he visto? ¿Le conozco? ¿He estrechado su mano alguna vez? Dime su nombre, su nombre...

CRUZ

¡No, eso no!...

D. PABLO

¿Y quieres que te llame hija? ¡Su nombre, ó he de creer que le prefieres á mí á pesar de lo que has dicho! Que no me quieres,

que no puedes quererme, que, á pesar nuestro, el lazo de la sangre es más fuerte que los lazos del alma....

CRUZ

¡No, no! ¡Su nombre!... ¿Para qué? ¿Para odiarle, para vengarte? ¿Y quieres que sea yo quien os ponga frente á frente? No es por él, es por ti.

D. PABLO

Si sabes que no he de matarle. ¡Que viva, que viva! ¡Si el odio que siento por él fuera mayor mil veces, no le desearía otro castigo! Pero quiero saber su nombre, quiero conocerle, y si le he visto, si le conozco yo, recordar su figura, su voz...

CRUZ

Si no existe para mi cariño, menos debe existir para tu odio. Yo no puedo quererle, pero no debo odiarle... Como si hubiera

muerto, muerto para mi cariño y para tu odio... Para los muertos perdón y oraciones. Su perdón para ellos, padre mío, que en nombre de mi madre vengo á restituirte todo el cariño de su alma... ¡mi vida entera! *(Entra Vicenta.)*

VICENTA

Con permiso.

CRUZ

Acércate.

VICENTA

¡Ay, señor! ¿Ha visto usted, ha visto usted en qué buena hora ha venido la señorita? Así, llore usted, desahogue ese corazón... Y que ya no le dejará usted solo.

CRUZ

¡Ya no me separaré nunca de su lado!

VICENTA

Así, así debe ser, es lo que yo digo. Pero

ahora deben ustedes descansar, que la señorita habrá traído un viaje muy penoso con la angustia y el frío.

D. PABLO

Sí, ve á descansar, hija mía.

VICENTA

Y usted también, señor.

D. PABLO

Hasta mañana, hija mía. *(La besa.)*

CRUZ

Hasta mañana.

VICENTA

¿Lo ve usted, señor? A mí no me diga; sin besar á su hija antes de acostarse no era posible que durmiese usted tranquilo. Verá usted esta noche si duerme usted como un bendito.

CRUZ

Otro beso y otro, por cuantos nos debíamos. Y ya tranquilo el corazón, para los dos sueño tranquilo.

LOS RÉDIT S

LOS RÉDITOS

Baja y estrecha, de corte irregular, era boquete más que puerta la que daba paso desde la tienda al interior obscurísimo, húmedo, oliente á cueva. La luz que llegaba expirante por la puerta vidriera de la tienda, desvaída en lobregueces de callejuelas desamparadas del sol y del aire, al llegar al boquete moría toda, como tragada por invisible dragón monstruoso.

Allí, bajo el dintel mismo, donde la luz moría, se sentaba Juana á coser, y su carita delicada, al recoger los reflejos expirantes de la luz tenue, parecía flor nacida en la claraboya de un calabozo, transportada por

vendavales y arraigada en el cerco para ser alegría y luz de la mazmorra por divina piedad.

Juana era hija única de Doña Rosa, dueña actual del establecimiento, y las dos pasaban la vida sin salir de la tienda: la madre, en el mostrador, con atención activa y diligente á los negocios; la hija, afanada en la costura ó divertida con algún libro de novelas. Hablaban poco una con otra, sin sostener jamás conversación seguida, no por despego ó mal humor; era un silencio afectuoso el suyo en que hallaban calor mil pensamientos de cariño. Entre trato y trato cerrado y partida asentada, volvíase la madre á mirar á la hija como si quisiera decirla con la mirada: ¡Todo por ti, hija mía! Pero Juana, con triste sonrisa, parecía contestar reprendiéndola: ¡Qué mal haces!

De las paredes y del techo colgaban mantones, chales, pañuelos, mantillas, en apretada hilera, confundidos los vivos colores de

bordados, flecos de seda, encajes y madroños; en vitrinas resguardadas por alambreras, alhajas esparcidas, algunas destacándose en sus estuches, en todas empolvadas las luces de las piedras, ennegrecido el oro de la montura. Por los rincones fardos de ropa, un enorme montón de colchones, otro de mantas, miseria almacenada.

Solo la mirada de Doña Rosa podía dominar, sin trastornarse, aquel desbarajuste aparente, algo así como alijo de saqueo, ó salvamento de naufragio ó de incendio. Ella solo, de una ojeada llevaba al día, sin acudir al libro, cuenta de las entradas y salidas; que la prenda más insignificante cambiara de puesto, no se escapaba por eso á sus ojos de ave de rapiña, escudriñadores de la presa. En el barrio era una institución el establecimiento de Mercacho: Mercacho era el apellido del fundador, el difunto marido de Doña Rosa. A Doña Rosa no todos la llamaban así en el barrio. Los comerciantes

más viejos de los alrededores la sonreían al pasar y la llamaban Rosita, como á conocida antigua; las mujeres, con menos cariño, en conversaciones particulares y comadreos, la llamaban siempre La Rosa; solo la gente nueva la conocía por Doña Rosa. Era que unos la conocieron moza garrida, al servicio de la primera mujer de Mercacho; la recordaban cesta al brazo, pañuelo á la cabeza, eso sí, con el mismo aire señorial de de ahora, con abanico de concha y plumas en la mano y mantilla de encaje á la cabeza. Otros, recién establecidos en la calle, no se interesaban por ella como los que la vieron subir paso á paso, escalón por escalón (fregándolos uno á uno, decían las vecinas); la veían asomarse rara vez á la puerta, salir de tarde en tarde con su hija, y como Doña Rosa la aceptaron y la conocían, juzgando que, á sus años, maternidad y señorío sentaba muy bien el rotundo Doña.

La fama del caudal de Doña Rosa era

tanta como la de su avaricia. «¡Y vea usted qué cambio!», murmuraban las comadres en sus tertulias portaleras. Cuando la Rosa entró al servicio del matrimonio Mercacho, y después, cuando él, viudo, la confió el manejo de la casa, y cuando, por fin, instada, perseguida con loca pasión por el amo, consintió, entre desdeñosa y resignada, en ser dueña y señora efectiva de todo, contábase que era de corazón tan compasivo, tan blanda y tan sensible para los desgraciados, que era para ella continuado martirio el triste espectáculo que á todas horas ofrecía el establecimiento. La trata despiadada, el regateo al céntimo con los infelices que, al despojarse de la última prenda, se aferraban á ella, defendiéndola por una peseta, un día más de engañar al hambre, era para Rosa insoportable vista. Más de una vez salió de la tienda corriendo desalada en pos de algún desgraciado, y de su pobre salario le socorrió compasiva con toda la efusión de su

alma, ¡del alma, sí!; por cierta corre la historia extraña.

Fué á los pocos meses de su boda cuando bajó una mañana á la tienda. Ni de pasada se detenía en ella; no quería ver ni saber nada de lo que allí ocurría; casi fué cláusula del convenio matrimonial lo de no entender para nada en lo *de abajo;* fueron sus palabras, y lo de abajo significaba, en efecto, para ella algo muy bajo, muy obscuro, muy sucio. Pero aquella mañana Mercacho tuvo que salir sin remedio con el único dependiente, citados los dos á declarar en una causa; por lo forzoso del caso consintió Rosa en bajar á la tienda, pidiendo de todo corazón que no viniera nadie en aquellas horas y que las horas volasen.

La petición de Rosa no fué atendida. Un haz de luz entró de soslayo al entreabrirse apenas la puerta para dar paso angosto á un hombre que dejó sobre el mostrador un hatillo miserable. Lo que Rosa temía, ni

mirarlo quiso; tentada estuvo de echar á correr escaleras arriba.

—¿Me hace usted el favor de ver esto?— suspiró una voz triste, doliente, con humildad de mendigo y dulzura de moribundo.

Rosa alzó la vista, y presurosa, balbuciente—, vuelva usted luego— le dijo—; no está ahora el amo.

El hombre no contestó; volvió á anudar las puntas del pañuelo que envolvía el hatillo, lo recogió bajo el brazo y fué á salir cuando Rosa, antes de que llegase á la puerta, exclamó de improviso—: Espere usted.

Rosa escuchó toda la historia sin alentar, fijos los ojos en los ojos sin lágrimas de aquel hombre. Para contar sin ellas tan triste historia, fuerza era que no quedasen lágrimas en sus ojos. Una madre ciega, impedida; una hermana enferma del pecho, y él, solo, desamparado, entre dos egoísmos de mujeres enfermas, aferradas á él con la desesperación arrastradora del ahogado.

Y comenzó la lucha á los veinte años, cuando murió su hermano mayor, sostén de la familia. Él, solo, hubiera podido intentar empresas, aventuras y marcharse á América, jugarse la vida y ganarla ó perderla, pero ni su vida era suya; con previsora cobardía tuvo que defenderla y guardarla, porque su vida era la de su madre, la de su hermana, desvalidas, inútiles, y al fin cayó rendido, anonadado, herido de muerte en la lucha. Aquella mañana había expirado su hermana; para pagar el entierro había recogido las ropas de la muerta, allí estaban, un envoltorio de harapos, no había más en la casa.

Cuando volvió su marido, Rosa buscó un pretexto para salir, y se fué allá y vió el cuadro por sus propios ojos, y dejó el pan de aquel día asegurado y rezó ante el cadáver, tendido en el suelo, alumbrado por una lamparilla de aceite y lloró abrazada á la triste madre, la pobre anciana de ojos sin

luz, sumida en la noche eterna de sus días negros.

Volvió otro día y otro, y llevó, más que limosna de pan, limosna de amor.

Si Mercacho cayó en la cuenta fué... por las cuentas; á no tener su explicación en números, Mercacho no hubiera dado en la causa de las preocupaciones y tristezas de Rosa; pero la criada fiel le sisaba de señora con descaro inaudito.

¡Qué cuentas las cuentas de la plaza! El señor Mercacho estaba muy ciego por su Rosa; más que mirarla, dijérase que la sorbía con los ojos, aspirando libidinoso la fragante frescura de la moza; pero aquel embrollo de cuentas y aquel acabarse el dinero al mediar del mes y aquel entrar y salir á cualquier hora y volver cabizbaja y no pegar los ojos en toda la noche, era para poner en cuidado á cualquiera, así estuviera tan ciego y tan enamorado como él lo estaba de su Rosa.

La explicación retardada un día y otro por temeroso remordimiento, le pareció entonces á Rosa lo mejor para justificar sus inquietudes, sus tristezas, lo raro y anormal que su marido había observado en ella. Pero al aclarar la situación aclaróse la culpa. Mercacho, ni por un momento iluso, rechazó en conciencia la idea de una paternidad hartos años deseada para lograrse al cabo de ellos. Tremenda fué la escena. Rosa afrontó con altivez los cargos del ofendido esposo; ella misma pronunció la sentencia: saldría para siempre, no había más que hablar, y, arrogante, impasible, apartando á Mercacho con la actitud y con la mirada, salió de la casa, de la tienda, y se fué calle abajo sin vacilar, como si de mucho tiempo tuviera pensado lo que había de hacer cuando llegara el caso.

Y alegre, ligera, corría, desoprimido el corazón, libertado de un peso angustioso; no más cohibiciones, no más miramientos, no más repugnancias; pobre otra vez, pero

libre, libre para ser toda del pobre adorado, del miserable sin amor; para él su vida toda, trabajar para él, ¡qué gustoso trabajo!, padecer por él, ¡qué dulce padecer!

Ni balbucir una palabra pudo al llegar sin aliento á los brazos del triste enamorado; se arrojó en ellos alocada, convulsa, con esa alegría nerviosa, desahogo del miedo, hipo de llanto y risa.

Choque terrible, desmoronador, el de su arranque apasionado contra la serena frialdad del hombre aquel, endurecido en el sufrimiento, encariñado con la tristeza. Nadie sabía mejor que él cuánto costaba sobrellevar una existencia miserable, hora tras hora de luchar sin descanso; lejos, lejos de allí, para salvar siquiera el recuerdo de aquel dulce cariño.

Sin vida quedó Rosa al escucharle; tambaleándose volvió á la calle, esta vez á la ventura, no queriendo pensar siquiera adónde iría, errante horas y horas. El cansancio cor-

poral rindió, por fin, su espíritu; resolvióse el tumulto de pensamientos en uno solo fijo: ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? Ya ni sostenerse podía; cuerpo y espíritu cayeron en torpe embotamiento, y la vista turbada, los pies arrastra, sin voluntad, como idiota, llegó á la tienda, y sin una mirada, sin una palabra, fué hacia el rincón más obscuro y cayó en él, rendida, anonadada.

Convaleciente ya, quiso Mercacho imponer su autoridad de señor y dueño, pero Rosa, repuesta, firme, cortó con valentía el discurso. No había más que hablar; tomarlo así ó dejarlo. Se iría para siempre si se hablaba más de lo pasado. Mercacho se tragó una buena mitad de la homilía, y no sin trabajo, según el gesto de atragantado con que retorció la cara convulsa.

El mismo gesto con que á los pocos meses se retorció agonizante, ahogado por una congestión pulmonar. En vísperas de madre quedó Rosa dueña de un respetable caudal

y de un establecimiento en las mejores condiciones para acrecentarlo.

Y desde aquel día, dijérase que también había heredado el espíritu de Mercacho, ó que el ambiente de la tienda informaba el espíritu de los dueños sucesivos. El día se pasaba detrás del mostrador con la chiquilla en brazos, contratando con pasión, con saña, con ferocidad que puso espanto en la parroquia ordinaria y admiración en todo el barrio. Pero los negocios prosperaban, y Rosa, detrás del mostrador, como ave de rapiña en campo de batalla, agrandábase hasta lo simbólico; opresora vengada de la opresión, humillada triunfante á su vez, y á su vez oprimiendo y triunfando sin misericordia.

La hija de sus tristes amores era en la tienda sombría como en el alma de Rosa la única luz y la sola alegría. Cerca de su madre siempre, tenía miradas de compasión para todos los desdichados, y parecía que

todas las tristezas compadecidas por su corazón, al pasar por él, dejaban en su carita de ángel bizantino una caricia de palidez, de muerte.

Insistió Rosa con los médicos por saber la verdad, presentida entre inquietudes y sobresaltos, al atisbo siempre por sorprender en la actitud ó en la expresión de su hija un desfallecimiento, un abandono del espíritu, difíciles de sorprender, porque el espíritu enérgico contrarrestaba los quebrantos de la enfermedad.

Tampoco Rosa desmayó abatida; más bien se rehizo al perder la esperanza y se aprestó á luchar con la muerte día por día. Consultó con médicos afamados y con charlatanes embaucadores; no satisfecha con los remedios probados, exigíales que inventaran alguno infalible, maravilloso.

Su hija se moría lentamente, y era el caso que Rosa, dura para la tristeza, traducía el disgusto en mal humor, en rabia, y sin que-

rer se mostraba cruel con su misma hija y despiadada para cuantos llegaban á tratar con ella en aquellos días. Los frecuentadores de la tienda estaban horrorizados; Doña Rosa no se hacía cargo de nada; era imposible tratar con ella, y era verdad, en todo el día no se oía en la tienda otra cosa que altercar en diálogos acalorados por este estilo: «Dé usted alguna cosa más, señora, usted no ha reparado».

—¿Qué quiere usted que yo le haga? No puede ser más; si le conviene á usted lo deja.

Y el altercado acababa entre insultos y lloros, y cada uno era golpe mortal para la pobre niña enferma.

Y á pesar de ello se obstinaba en bajar todos los días, aun en los más fríos del invierno, cuando su madre procuraba por todos los medios que no saliera de su cuarto, que no se levantara de la cama.

Fuera, venteaba con furia, un resoplido

de aire frío, aire de nieve, aulló como lobo hambriento al empujar la puerta vidriera contenida contra el empuje del viento aullador por la mano temblona de un pobre viejo que apareció en la puerta, envuelto en una bufanda hecha jirones, de pardos remiendos, que el viento sacudía.

—¡Buen tiempo para los pobres!—, refunfuñó el viejo.

—Cierre usted pronto, ¡por Dios!—, le gritó Doña Rosa angustiada, pasando del mostrador presurosa y ayudándole á sostener y cerrar la vidriera.

Era tristísimo el aspecto del viejo, viviente ruina humana; miseria, miseria era la única expresión descifrable en su semblante. Imposible percibir en él un rasgo luminoso de bondad atractiva, ni tampoco repulsivo cariz de hombre malvado; los años y las penas habían escrito y borrado mucho en aquel rostro, y años y penas era lo único que podía leerse en él de corrido.

Rosa, disgustada por la obstinación de su hija en levantarse de la cama y bajar á la tienda en mañana tan cruda, estaba de un humor de huracán, como el día, y apenas se encaró con el viejo, levantáronse en ella impulsos despiadados de mortificar, de caer sobre alguna víctima como sobre ella caía la pena de ver morir á su hija sin esperanza. Sería para los demás como Dios era para ella, inexorable. Para salvar á su hija, no queriéndolo Dios, ella nada podía; para atenazar un corazón humano como Dios atenazaba el suyo, podía ella tanto como Dios, y con rabia diabólica:

—¿Qué quiere usted que le dé por esto? preguntó desabrida, como quien no espera contestación.

—Lo que usted quiera, señora—, replicó con humildad el viejo.— Ando de un lado á otro toda la mañana. ¡Si usted supiera!...

Pero Doña Rosa no quiso saber nada. ¡Historias de lástimas! Todos las tenemos.

A Dios con ellas. Que se hundiera el mundo. Y en vano ponderaba el viejo suplicante las excelencias de la prenda en trato; ¡la necesidad perentoria!... Doña Rosa no le escuchaba siquiera, se ensañaba más á cada palabra de súplica, le volvía la espalda, y sin mirarle le despedía con frases durísimas. Y salió el viejo hablando consigo mismo entre suspiros...

—¿Dónde voy ahora? ¡Válgame Dios!... ¡Qué día!...— Y al salir y cerrarse de golpe la puerta, todavía el viento huracanado, al resoplar con violencia por la tienda, gimió con el último suspiro del viejo miserable.

Y apenas había puesto los pies en la calle, pasó Juana del mostrador, y sin dar tiempo á que su madre la detuviera, abrió la puerta y se asomó ansiosa, decidida á salir, si su madre, ya repuesta, no hubiera acudido á sujetarla.

—¿Adónde vas, muchacha? ¿Qué te ha dado?

—¡El viejo, pobre viejo! Déjame salir, llámale. Que vuelva.

Comprendió Rosa y quedó aterrada; el mismo arranque compasivo suyo. ¡Cuánto tiempo! ¡Cuántas cosas en tanto tiempo! Ella no era la misma, y en cambio su hija, la hija de aquel amor desdichado, sí era ella, ella misma, la de quince años antes, compasiva y amante. Y el viejo aquel... no, no era el padre de Juana, no podía serlo; pero el impulso irresistible que había estremecido el corazón de la niña enferma era, sin duda, misterioso aviso del corazón, revelación del alma en hora suprema.

Y á su vez Rosa con súbito arranque:

—Espera, hija mía, y no cojas frío—, la dijo—, y salió calle abajo presurosa. Juana dió un grito de alegría y quedó impaciente, nerviosa, en espera de su madre.

Media hora larga tardaría en volver descorazonada. Por más que había corrido no pudo dar con el viejo; no sabía cómo había

podido perderse tan pronto. Había preguntado, había mirado en otras tiendas, en la casa de comidas próxima, nada, como si se le hubiera tragado la tierra. No había que pensar más en él. Pero, á pesar suyo, en él pensaba Rosa y también Juana. La madre, dominada por el tenaz pensamiento, luchaba por desecharle; parecíala cosa del otro mundo aquello, algo inexplicable y sobrenatural. Tuvo miedo y sintió que la entereza de su espíritu se desmoronaba.

Juana se agravó por la noche, acometida de altísima fiebre con delirio. Presintió Rosa que amanecía un día muy triste para ella, y nunca deseó más que amaneciese, acosada durante la noche de punzantes remordimientos y propósitos de expiación. Al clarear decidióse, por fin, era preciso compensar de algún modo el daño irreparable; el agravarse aquella noche su hija era castigo de Dios, sin duda.

Apenas de día, bajó á la tienda y esperó

ansiosa que llegase alguien, alguien muy pobre y miserable, el viejo mismo, una infeliz mujer, alguna pena que aliviar por grande que fuera. Verían de lo que era capaz su corazón, endurecido á pesar suyo; de nuevo fluían en él raudales de caridad y amor que volverían salud y alegría á su hija, y harían alegrarse á los ángeles del cielo.

A la tarde despejóse Juana de calentura y pareció animada de nuevas fuerzas, y loca de júbilo, radiante de fe, no dudó Rosa en atribuir la mejoría á la virtud de sus obras de caridad.

Breve ilusión; al caer de la tarde quedó Juana adormecida, sin habla, sin sentido, con plácida expresión, caídos los párpados sobre los ojos, como recreada en contemplación interior. Y así murió, sin agonía, sin estremecimiento, sin estertor, muerte inmaterial, como la sonrisa muere en los labios al pasar por la frente un pensamiento triste.

Arreció aquella noche la ventisca; aulla-

ba el viento como manada de lobos hambrientos y Rosa, sentada al pie del ataúd, daba diente con diente estremecida de terror y de frío. De vez en cuando se asomaba por las ventanas entornadas para ver si era posible que al fin amaneciera, después de aquella noche eterna. La calle estrecha estaba obscurísima, y sobre el fondo negro de la noche reflejaban los vidrios empañados de escarcha, las luces temblorosas de los cirios y la forma borrosa del cuerpo, amortajado con hábito blanco y una cruz de marfil entre las manos.

EL PECADO VENIAL

EL PECADO VENIAL

Ningún santo cenobita más atormentado por Satanás con diabólicas tentaciones, ninguno más fuerte en combatirlas.

Para todos los sentidos y potencias brindó halagos irresistibles; riqueza, poderío, amores de la carne y amores del espíritu; era un continuo pasar ante su vista de suntuosos cortejos en que todas las glorias de la tierra triunfaban esplendentes. De Babilonia, de Asiria, de Grecia y de Roma, grandezas, victorias y lujurias, Belkis y Semíramis, Aspasia y Cleopatra y Mesalina y Asuero y Salomón y los Césares monstruosos y después eran Atila y Alarico vengadores y des-

pués los pontífices soberanos de las almas y después los Médicis, señores del Arte...

Era todo el poder de la tierra divinizado en fuerza de excelsitud, eran todos los pecados, amables como virtudes en fuerza de ser embellecidos.

El santo cenobita imploró una tregua de su infernal enemigo, era enloquecer, era morir la continua lucha contra la tentación. Satanás tuvo una crueldad piadosa: pactemos. No volveré á combatir tu espíritu con tentaciones si consientes en un solo pecado, uno solo; toda tu vida después para llorarle arrepentido; si tu fe en la misericordia de Dios es tan grande no desconfiarás de ser perdonado por toda una vida de penitencia libre de tentaciones. Creyó el santo que era una nueva tentación el pacto y, antes que dudar de la misericordia de Dios, aceptó complacido.

—Un solo pecado. ¿Cuál ha de ser?

—Quiero ser generoso. Puedes elegir

cualquiera de los tres que voy á proponerte: un homicidio, el pecado de lujuria ó el de la embriaguez. Escoge.

El santo pudo creer que Satanás se había vuelto tonto.— Yo te prometo embriagarme.

—Pecado venial; ya ves á qué poca costa puedes verte libre para siempre de mis asechanzas. Y Satanás se alejó para siempre del santo solitario.

Dispuesto á cumplir su palabra encaminóse al punto el cenobita hacia el poblado más cercano, seguro de haber conseguido la tranquilidad de su espíritu y la salvación eterna á cambio del venial pecadillo.

A la entrada de un lugarejo halló un molino, y á la sazón molinero y molinera, en descanso, merendaban al aire libre, á la sombra de un emparrado, en un huertecillo lindante con el molino. Cambiáronse saludos y bendiciones, y no sin un poco de cortedad y turbación atrevióse el santo á pedir un

trago de vino; pusiéronle un jarro bien colmado delante, y por salir más pronto del mal paso, en menos que se dice, se lo embuchó muy lindamente, no sin espanto del buen matrimonio que al ver tan cumplidas despachaderas, no pudo menos de sonreir malicioso.

—¿Es verdad que se deja beber, hermano? Si le pide el cuerpo otro disciplinazo no lo deje por vergüenza de pedirlo, que nos sobra la voluntad para ofrecerlo sin que se pida.

Y con el mismo agrado volviéronle á presentar lleno el jarro, y con el mismo aire volvió á vaciarlo con gran algazara de molinero y molinera, que esta vez soltaron ya la risa sin miramiento.

Fué primero una caricia cosquilleante por todo el cuerpo; fué después una locuacidad dicharachera; fué después un himno á la vida y á la Naturaleza toda, como el mismo santo seráfico de Asís no lo entonara nunca

en su más amorosa exaltación; fué, por último, abalanzarse sobre la molinera como bruto en celo, y fué la indignación de mujer y marido que á un tiempo, y con igual denuedo, la emprendieron á golpes contra el santo, y fué apoderarse el santo de un cuchillo que sobre la mesa había y clavarlo con furia loca en el pecho del infeliz molinero, que ni pudo prevenir ni defenderse del inesperado arrebato...

Solo al ver el cuerpo desplomado, desangrándose por mil heridas, volvió la razón á sobreponerse en el endiablado espíritu del penitente. Comprendió con horror cuánta fué su soberbia al creerse superior en malicia á Satanás y cómo por haber escogido el menor de los tres pecados había caído en los tres por aquel solo.

Este es un antiguo canto italiano que Miss Spinster tradujo al inglés para ser publicado en el boletín de una Sociedad de templanza, y que ahora se ofrece traído á

nuestra lengua, á los muchos que, no teniendo ya qué reformar en su vida y costumbres, solo procuran en cualquier ocasión reformar los del resto de la humanidad. La gloria de Dios sea con ellos, que de la gratitud ni enmienda de los hombres empecatados poco han de lograr en este pícaro mundo, que tantos años lleva de pícaro para que pueda esperarse en él mejoría.

INDICE

	Págs.
La toma de la Bastilla	7
El cantor de la miseria	15
Ley de justicia	21
El Paraíso prometido	29
El caballero de la muerte	39
Los «clowns»	45
La mula y el buey	53
Los Reyes Magos	59
Triunfo del amor	67
Cuento de carnaval	77
La elección de traje	89
El elefante blanco	97
El poema del circo	111
Leyes suntuarias	119
La venganza del compadre	127
Hija del alma	153
Los réditos	179
El pecado venial	203

OBRAS COMPLETAS

DE

JACINTO BENAVENTE

Cartas de mujeres. Quinta edición esmeradamente corregida.

Figulinas. Segunda edición notablemente corregida y aumentada.

Teatro fantástico.

Vilanos.

TEATRO

Tomo primero.

El nido ajeno (comedia en tres actos, en prosa). *Gente conocida* (escenas de la vida moderna, divididas en cuatro actos).—*El marido de la Téllez* (boceto de comedia en un acto).—*De alivio* (monólogo).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo segundo.

Don Juan (comedia de Molière en cinco actos).—*La Farándula* (comedia en dos actos).—*La comida de las fieras* (comedia en tres actos y un

cuadro).—*Teatro Feminista* (apropósito en un acto), música del maestro D. Pablo Barbero.—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo tercero.

Cuento de amor (Twelfth night or what you will), de Shakespeare, comedia fantástica en tres actos y un prólogo).—*Operación quirúrgica* (comedia en un acto).—*Despedida cruel* (comedia en un acto).—*La gata de Angora* (comedia en cuatro actos).—*Viaje de instrucción* (zarzuela en un acto y cuatro cuadros), música del maestro Vives.—*Por la herida* (drama en un acto).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo cuarto.

Modas (sainete en un acto).—*Lo cursi* (comedia en tres actos).—*Sin querer* (boceto de comedia en un acto y en prosa).—*Sacrificios* (drama en tres actos).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo quinto.

La gobernadora (comedia en tres actos).—*El pri-*

mo Román (comedia en tres actos).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo sexto.

Amor de amar (comedia en dos actos).—*¡Libertad!* (comedia en tres actos de S. Rusiñol).—*El tren de los maridos* (comedia en dos actos).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo séptimo.

Alma triunfante (drama en tres actos).—*El automóvil* (comedia en dos actos).—*La noche del sábado* (novela escénica en cinco cuadros).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo octavo.

Los favoritos (comedia en un acto).—*El hombrecito* (comedia en tres actos).—*Mademoiselle de Belle-Isle* (comedia en cinco actos de A. Dumas, padre).—*Porqué se ama* (comedia en un acto). Precio: 3,50 pesetas.

Tomo noveno.

Al natural (comedia en dos actos).—*La casa de la dicha* (drama en un acto).—*El dragón de fuego* (drama en tres actos y un epílogo).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo décimo.

Richelieu (drama en cinco actos, de Bulwer Lytton).—*La Princesa Bebé* (escenas de la vida moderna), en cuatro actos.—*No fumadores* (entremés en un acto).—Precio: 3,50 pesetas.

EN PRENSA

Tomo undécimo.

Rosas de otoño (comedia en tres actos).—*Buena boda* (comedia en tres actos).

EN PREPARACIÓN

Manón Lescaut.—La Cenicienta.

Versos.—En Madrid y en varias casas (novela).

Jacinto Benavente, por G. MARTÍNEZ SIERRA.—Noticias biográficas.—Estudio crítico.—Autocrítica.—Opiniones.—Bibliografía.—Retrato, por R. CASAS.—Caricatura, por SANCHA.—Apunte, por R. MARÍN.—1,50 peseta.

Para los pedidos de estas obras dirigirse á D. Antonio López-Gómez Salas, Alcalá, 172 (Pasaje Moderno, hotel núm. 5), Madrid; y en Barcelona á los Sres. Toledano, López y C.ª, Elisabets, 4, librería.

THIS BOOK IS DUE ON THE LAST DATE STAMPED BELOW

AN INITIAL FINE OF 25 CENTS

WILL BE ASSESSED FOR FAILURE TO RETURN THIS BOOK ON THE DATE DUE. THE PENALTY WILL INCREASE TO 50 CENTS ON THE FOURTH DAY AND TO $1.00 ON THE SEVENTH DAY OVERDUE.

NOV 30 1936

31May'55AMY

IN STACKS

MAY 17 1955

JUN 13 1955 LU

AUTO DISC SEP 23 1991

LD 21-1

U.C. BERKELEY LIBRARIES
C024194805
YB 77734

277873

Benavente

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY